

Ercole Lissardi

PALABRAS MAGICAS

Índice

Palabras mágicas

1954

Un espejo en el bosque

El número perfecto

PALABRAS MÁGICAS

Ciertas palabras comunes y corrientes, dichas en determinadas circunstancias, surten los efectos de una fórmula mágica. De eso, esencialmente, trata el recuerdo que paso a narrar. Sucedió hace unos veinte años. Tendría yo, pues, treinta y seis años, los mismos que Isa –que Dios la tenga en su gloria-, con quien llevábamos tres años, casi cuatro, de feliz matrimonio. Recuerdo que una tarde estábamos escuchando música – los preludios para piano de Messiaen, favoritos de Isa y, como ella misma, sutiles y misteriosos- cuando me sobrevino el impulso de contarle ciertas intimidades que Alejandro, un amigo cercano, me había confiado. Cosa rara por donde se lo mire este impulso, porque en el variado repertorio de nuestras conversaciones conyugales para nada figuraba la chismografía sexual. En el carácter perentorio de ese raro impulso podía adivinarse que el relato de Alejandro había prendido en mí con una fuerza inusitada.

He aquí, en resumen, el relato: Ale había concurrido a la fiesta de inauguración de la nueva casa de los Bonelli –también nosotros habíamos concurrido-, y allí conoció a una mujer con la que estuvo bailando. En determinado momento, fugazmente, lo vi con ella, no así Isa. La mujer –Eleni, como la llamó Ale- era más bien baja de estatura, con el pelo lacio, corto y rubio, con perfil de líneas clásicas y con un rictus de tristeza que permitía quizá adivinar que no le había ido bien en la vida. Vestía con sencillez y buen gusto ropa de color negro, y llevaba las manos y el cuello cargados de lo que en mi opinión no era bisutería barata.

-Hay mujeres que llevan las joyas en el bolsillo y se las ponen antes de entrar –explicó Isa cuando le referí el detalle poniendo el acento en lo arriesgado que me pareció que, en los tiempos que corren, luciera joyas caras.

Isa escuchaba con atención. Se levantó y cortó la música para no tener que dividir su escucha.

Vi, pues, a la pareja en un rincón en penumbra, chamuyendo bajito, muy tête à tête. Según Ale apenas el intercambio de banalidades mostró un primer agotamiento, la mujer, Eleni, sencillamente le preguntó:

-¿Querés que te la chupe?

Alejandro, un tipo sobrio en todo, moderado, partidario “momentáneamente” de la soltería –como solía aclarar-, aunque no militante del celibato como destino, como tampoco, definitivamente, un mujeriego, sorprendido por la propuesta esgrimió su mejor sonrisa y respondió, caballeresco:

-Por supuesto –de puro aturullado, porque estoy seguro de que, en realidad para nada le parecía cosa obvia aceptar una felación de una extraña que la ofrecía, además, con tal impudor.

Conociendo su valoración exagerada del gesto caballeresco me sorprende que, para atenuar la inapropiada propuesta de la dama, no le haya contestado que en eso estaba pensando.

Pero realmente ¿qué hacer? ¿Responderle con la misma displicencia? “Gracias, pero en este momento no me apetece”. ¿O directamente huir, abandonar la fiesta,

inventando una excusa que no dejaría de disgustar a unos anfitriones siempre impecables?

Aun relatando, días después, el asunto, a Ale le costaba digerir aquel inesperado momento de la verdad.

-Imaginate –me decía, por demás desconcertado- que estás conversando muy formalito con una fémina a la que acabás de conocer y de pronto le soltás: ¿Querés que te chupe la concha? Ni que estés penosamente necesitado se te ocurre ese encare. Al margen de que, eventualmente, a la mina le pudiera parecer buena la idea. No se te ocurre porque indica o bien que estás chiflado o que llegaste a una lógica muy cruda de la vida sexual.

Pensé que esta segunda opción era seguramente el caso con Eleni. Si fuera una chiflada Ale lo hubiera notado y me lo hubiera dicho, sin más. La mujer se quedó muy tranquila bebiendo su vino y esperando que Ale tomara alguna decisión práctica respecto de la propuesta.

Isa soltó una risita discreta, sin duda que imaginándose vívidamente la situación.

-Como yo no terminaba de activarme –explicó Alejandro, fue ella la que propuso:

-En el piso de arriba, en la recámara de los Bonelli hay un baño en suite. Te espero ahí –dijo, y sin más se mandó escaleras arriba.

Y así fue como sucedió. Ella sentada en el wáter y el paradito enfrente. Sin preliminares. Según Ale la boca de Eleni era pequeña pero profunda. Ale no pudo contener la estampida más que un tiempo imprudentemente corto para los intereses de la dama que claramente disfrutaba del servicio. Sin embargo la dama no protestó

en absoluto. Tragó toda la descarga, luego hizo unos buchets de vino blanco, que también tragó, y se fue, rápida como una ardilla, al decir de Alejandro, que se quedó unos minutos en el baño recuperándose. Cuando bajó ya no la encontró.

-Y colorín colorado, este cuento se ha terminado –rematé, nervioso, avergonzado por la historia que le propiné a mi casta esposa, historia de un género, como dije, inédito en nuestro repertorio. Hasta el momento en que sufrí la compulsión de hacerlo y me puse a parlotear desconsideradamente, había estimado regla de oro el precepto cristiano según el cual no se debe tratar a la legítima esposa como se trata a una prostituta, y realmente el cuento en cuestión era como para compartirlo con amigos o con putas.

Isa quedó callada, cruzada de piernas y con las manos entrelazadas coronando sus rodillas. Yo también quedé callado, mirándola a los ojos. Sostuvo la mirada y luego a saber qué le pasó por la mente, porque se puso colorada. Huyó hacia la ventana y la abrió un poco, pretextando que hacía calor.

El sexo, sus modos y maneras, no son tema de conversación entre nosotros. Creemos, sin la necesidad de explicitarlo, que con total libertad y sin palabras hemos llegado en la materia a un menú en el que estaría incluido todo lo que necesitamos. En ese menú también la felación está incluida, aunque, naturalmente, para evitar un vicio grosero, sólo recurrimos a ella en momentos de alta y rara excitación, y yo diría que habiendo mediado algún grado de exceso en los alcoholes. Para decirlo sin rodeos: nuestro menú, comedidos como somos, recibiría la aprobación de un sexólogo de familias cristiano y ortodoxo. Trasladarle a Isa las intimidades que me relatara Alejandro,

recurrir al morbo de otros, era un ingrediente hasta entonces nunca ingresado en nuestro menú.

Isa volvió a sentarse frente a mí, más relajada pasado el sofocón.

-Y bien ¿qué te parece? —la urgí.

-¿Vos le creíste? —preguntó, cautelosa.

-Ale no es un mentiroso. Y nunca antes me contó sus intimidades. Por otro lado, no puede sorprender mucho lo que cuenta: es claro que son cada vez más las mujeres las que toman la iniciativa. Y según estadísticas serias más del cincuenta por ciento de las mujeres practica la felación.

-Sí, claro... pero una cosa es tomar la iniciativa y otra cosa es emplear semejante lenguaje —dijo, poniéndose colorada otra vez y evitando mirarme a los ojos más que fugazmente. Luego agregó:- Y a vos ¿qué te produjo la historia?

-Sorpresa.

-¿Curiosidad?

-Sí, por supuesto, pero para un hombre casado la curiosidad tiene límites.

-Claro, como para la mujer casada... —dijo, dubitativa, como sin saber bien a dónde quería llegar-. Y si no fueras casado ¿hubieras aceptado, como Ale?

-No lo sé... —balbuceé arrinconado.

-Es difícil negarse a una oferta grosera pero correctamente formulada ¿no?, especialmente viniendo de alguien de tu círculo social, una dama...

-Sí, es difícil –concedí-. La sorpresa y el desconcierto influyen... Supongo que la respuesta depende del carácter, del aplomo... y de las propensiones naturales de quien recibe la oferta...

Respiró hondo y sonrió.

-No me vengas con eso... -protestó, inesperadamente canchera-. A Alejandro le sobra carácter y es uno de los tipos más serios que conozco.

No supe qué contestar. Me di cuenta de que ella tenía algo preciso para decir, y que me lo iba a decir.

-Yo creo... -dijo, y buscó con cuidado las palabras-: ...que la propuesta en cuestión, totalmente inesperada y fuera de lugar... funciona como un detonador, como una fórmula mágica que impide cualquier objeción.

Me desconcertó el sutil conocimiento de la siquis masculina que inesperadamente me revelaba Isa. ¿Semejante cosa pudo haberla aprendido en los libros? Quedamos callados, pensativos, el terreno se había vuelto resbaloso y ambos dudábamos si era buena idea seguir transitándolo. Me sonrió como para tranquilizarme y soltó con total inocencia la pregunta bomba:

-¿Te hubiera gustado estar en la situación de Alejandro?

-¿Siendo soltero decís? –pregunté, tratando de ganar tiempo y sin saber qué responder.

-Ponele.

-Me es difícil responderte... ponerme en la situación... -argumenté.

Pero Isa me miraba fijo y me taladraba con la mirada. Sospeché que no podría zafar sin un sí o un no. Más concretamente sin un sí. Finalmente, con el ceño fruncido y las manos unidas en espejo, como para dar una imagen de intensa meditación, dije:

-Quizá sí me hubiera gustado...

-Y hubieras aceptado la oferta...

-Quizá sí... -concedí, tan ceñudo como si de matar a alguien se tratara.

Suspiró hondo y volvió a sonreírme, como satisfecha con mi respuesta. No llegué a preguntarme en qué sentido podía darle gusto mi respuesta.

-Buscala –dijo con la voz, de pronto, toda calidez.

Caí en un pozo de confusión. No comprendía qué significaba la palabra “buscala” ¿qué es una buscala? ¿un bicho del desierto, una ciudad imaginaria? Después traté de pensar que la invitación era una broma.

-Te hablo en serio –insistió suavemente-. Si me trajiste esta historia, como un niño que recoge algo peculiar en la calle y se lo trae a su madre, es porque te tocó a fondo.

La escuchaba, incapaz de decir nada, desconcertado por lo que me parecía un libertino ejercicio de la comprensión y la generosidad.

-Una cosa así hace más daño si queda sin resolverse –agregó, implacablemente lógica.

Ahí quedó la “cosa”, sin que yo me pronunciara. Pasaron los días sin volver sobre el tema. Yo me preguntaba qué sucedería si yo aceptara la propuesta de Eleni -en el caso, por demás improbable de que me la formulara- y luego la generosidad de Isa se transformaba en escándalo. Aunque tal cosa fuera muy rara en Isa ¿quién me

aseguraba que no cambiaría de actitud? Si su generosidad resultara una frágil
ocurrencia arruinaríamos el matrimonio que tan felices nos hacía. En la lógica habitual
de este tipo de cosas sería una herida incurable. Ni mi curiosidad daba para tanto
riesgo ni soy yo por naturaleza de andar removiendo avisperos. Pensé que con lo
hablado Isa se habría dado por conforme y habría olvidado el asunto, o por lo menos
que no estaría pendiente. Me equivocaba.

-Este es el teléfono de Eleni Salas –me dijo entregándome una anotación.

-Isa... no... -balbuceé sorprendido-. Te aseguro que no tengo ningún interés...

-Por supuesto que no tenés ningún interés. Es sólo curiosidad. Y no veo por qué no
puedas sacártela. No vivimos en los tiempos de nuestros abuelos.

-No necesito evacuar mis curiosidades inoportunas. No voy a destruir la imagen que
tenés de mí. Sería espantoso – proclamé en un tono que pretendí inapelablemente
riguroso pero que en realidad la invitaba a insistir.

-Me alegra que pienses así –dijo abrazándome-. Es conmovedor. Supongo que es la
manera como siempre encaramos estar juntos...

-Exacto –dije, sin más.

Se apartó y me miró a los ojos. En mis ojos –no soy sino raramente hipócrita- vio lo
orgullosa que me ponía haber sido definitivamente claro en relación con el tema. Se
puso a caminar de un extremo al otro de la sala, con los brazos cruzados y
mordiéndose una uña. Finalmente volvió a enfrentarme. Habló despacio, como
arrancándose las palabras.

-Supongo que esto significa que, si te dijera que el cuento de Alejandro me ha despertado el deseo de sorprender a un desconocido ofreciéndome para practicarle una felación, me pedirías que no lo hiciera. Me dirías que, tal y como vos lo hacés, reprimiera mi curiosidad... ¿no es así?

Imposible responder a un discurso que me dejaba estupefacto. Su mirada en la mía exigía una respuesta, pero yo era incapaz de abrir la boca. No le respondí. No pasó más que un rato para que llegara a la conclusión de que me había salido con aquello no porque realmente fuera ese su deseo –Isa era, en mi opinión, incapaz de tal deseo y mucho más incapaz de realizarlo- sino como estrategia para forzarme finalmente a asumir el mío.

Pero no tenía yo la menor intención de negociar una reciprocidad. Ni bajo amenaza de muerte sería yo capaz de aceptar que Isa actuara como Eleni. Imposible, en absoluto. Entonces me cayó el veinte: ella sabía perfectamente que yo no aceptaría semejante acuerdo de reciprocidad. La razón de su discurso comprendí que era ésta: me lo dijo para que, si yo cedía a la tentación, lo viviera no como una transgresión o una traición sino como parte de un supuesto, hipotético acuerdo. Y así lo disfrutara y no lo padeciera. Visto así el asunto la generosidad de Isa quedaba fuera de sospecha y ella misma quedaba elevada casi al nivel de la santidad. Lo menos que podía hacer para respetar semejante generosidad era llamar a Eleni. Y lo hice. Porque no hacerlo hubiera dejado a Isa en la posición de una obcecada libertina.

Puesto que Eleni no gastaba en preámbulos fui directamente al grano: le dije que la había visto en la fiesta de los Bonelli, que un alma caritativa me había dado su

teléfono, y que la invitaba a tomar un café. Dejé que ella atara cabos y dedujera mi intención. Cosa que sin duda hizo de inmediato.

Fijamos una confitería en Pocitos. Una de esas confiterías que a media tarde se llenan de viejas pitucas. Levanté una mano para llamar su atención cuando la vi entrar. Era realmente muy bajita, casi pequeña. Nada suavizaba la inexpresividad intimidante de su actitud. Era la dama a la que uno no le haría la corte sin un motivo sólido. Y yo lo tenía... a menos que todo el asunto fuera una broma de Ale, pero Ale no hace este tipo de bromas.

-Y bien –dijo sacándose los guantes de cuero fino-. Y no me diga su nombre. Esto es un pueblo chico. Sé su nombre.

-Como yo sé el suyo.

Así pues, sin más trámite, el encuentro quedaba definido como de intimidad clandestina.

-¿Qué más sabe de mí? –preguntó.

De su rictus severo, como de juez de instrucción, lo último que se me ocurría esperar era que se aviniera a pronunciar la fórmula mágica.

-Nada –mentí-. Simplemente la vi esa noche y la recordé los días siguientes.

Me escrutaba mientras hablaba. Sabía que le mentía y sabía por qué la había buscado.

Nos sirvieron el té y bebimos tan en silencio como una pareja mal avenida, o ya divorciada.

-Yo también lo noté a usted esa noche –dijo, y agregó-. Y le confieso que me halaga que mi teléfono pase de una a otra agenda masculina.

Con lo cual quedaba todo dicho con el mínimo de palabras posibles.

-¿Algo más decía de mí en esa agenda compartida?

-Decía que es usted toda una dama. Y muy apasionada.

-Bonitas palabras. ¿Algo más? –insistió.

Me invitaba a llamar a las cosas por su nombre. Pero para mí el sentido de aquello era oírlo a ella llamando a las cosas por su nombre.

-Nada más –le aseguré para invitarla a descarsarse.

Fijó su mirada en la mía, sin duda que preguntándose hasta dónde había ido Alejandro con los detalles. Le sonreí con mi sonrisa más gentil y ambigua. A buena entendedora...

Me sonrió a su vez, con una sonrisa que se veía tan forzada que, de estirarla un poco más, se le partiría la cara.

Teníamos, pues, una especie de pacto: nada decir del antecedente en cuestión. Una especie de pacto de virginidad, como si lo nuestro fuera casual e inédito. Habría lo que hubiera, pero sin contexto alguno, como envasado al vacío. Terminó su taza de té, se secó los labios, se inclinó hacia mí y con voz baja pero clara, mirándome a los ojos, me espetó la fórmula mágica:

-¿Querés que te la chupe?

Había, pues, adivinado qué me traía. Por más que eso venía a buscar y esperara conseguirlo, la fórmula mágica actuó con todo su poder sobre mí. Mi mente quedó en

blanco, como deslumbrada por la promesa de un Bien Supremo. Sentí el cambio de ritmo en mi corazón, sentí los goterones bajando por mis flancos y la cosquilla recorriéndome el miembro. ¿Por qué tal efecto? ¿Qué promesa delirante cifraba la fórmula mágica más allá de la promesa de una buena felación?

Traté de respirar hondo y me costó, me sentía fuera de la realidad, hasta fuera de la realidad de mi cuerpo. Me parecía como si un rayo hubiera desgarrado el velo entre la realidad y los deseos, dejándolos desnudos y a la vista en toda su inocencia. Como en los sueños en los que descubrimos que, en medio de los demás, que nos miran, estamos desnudos. Todos, pensé, esperamos una palabra justa, y es un milagro cuando la conseguimos, en el caso en que nos esté permitido conseguirla. Sentí calor en las mejillas. ¡A mi edad! me ruborizaba, y el mundo, súbitamente, era mucho menos denso, más fácil y liviano.

-Sí—respondí, avergonzándome del cachito de voz que pude juntar.

-Vivo a una cuadra y media —dijo.

-Perfecto —respondí y giré el torso para llamar a la mesera.

-¿No preferís que te lo haga en tu auto, o en un cine, o en el baño de esta confitería? — insistió, como quien baraja acuerdos alternativos.

Caminamos hasta el edificio en que vivía. Caminando juntos, el tema de la diferencia de estatura se agudizaba. No me llegaba al hombro. Confieso que me pregunté: ¿qué tal si alguien le dice a Isa que me vio por la calle con una enana? No era enana, pero era francamente petisa. Se me ocurrió que a Isa, más que ser visto con una presunta amante, le preocuparía que anduviera yo haciendo el ridículo. Con estas tonterías me

entretenía mientras caminábamos en silencio, sin detenerme a pensar que a nadie que me conociera le llamaría la atención verme caminando con Eleni por petisa que fuera ni se le ocurriría chisme alguno para llevarle a Isa. Mi temor era pura mala conciencia.

Mientras esperábamos que el portero se acercara a abrirnos la puerta vi que para el piso siete en el intercomunicador decía “Esc. Eleni Salas”. Nada pues que disimular. La escribana llegaba a su apartamento con un cliente. El edificio era de calidad. Clase media alta. La sala del apartamento estaba arreglada como para recibir clientes. Sillones cómodos, mesa ratona amplia, libros de arte.

-Estamos solos –dijo apenas cerró la puerta-. Sentate donde quieras.

Se sacó la chaqueta y los guantes y los dejó con la cartera sobre la mesa. Quedó con un sweater gris, muy delicado, y una falda negra justo por encima de las rodillas.

-En dos horas llega mi hijo de la escuela.

Me senté en un sillón. Se acercó despacito y se paró frente a mí. Nos miramos, tan serios y desabridos como si estuviéramos por firmar un contrato de compraventa. En cámara lenta, como queriendo darme tiempo para arrepentirme, se arrodilló entre mis rodillas, que separó con manos suaves pero firmes.

Me echó una última mirada a los ojos. Sentí como que se despedía de la parte superior de mi cuerpo, no tanto para concentrarse en la parte inferior como para enroscarse en sí misma. Puso la palma de la mano abierta sobre el bulto. No encontró nada definitivamente convincente, pero no se inmutó. Alguien que conoce el poder de una pasión compartida, no se impacienta.

Se quitó el sweater y luego el sutién. Sus pechos eran pequeños pero firmes y bonitos, de una encantadora redondez, de un rosado en las puntas tan dulce que se me hacía agua la boca, aunque en su tórax delgado, si no enjuto, podrían contarse todas las costillas. Quedó unos segundos erguida como para que apreciara bien lo que me mostraba, pero también ella mirándoselas. Después abrió la bragueta y metiendo la mano, extrajo el miembro, a medias tumefacto. Lo sostuvo en la palma de la mano como quien evalúa un objeto precioso. Los finos labios le temblaban y se le contraían por el ansia de succión.

-Hermosa pija –soltó con apenas un suspiro, ya incapaz de eludir las palabras vulgares.

Se acercó para olerla, y lamió suavemente el festón del prepucio.

-Tocate los pechos –le pedí, tan dulce y suave como pude.

Tomó un pecho en cada mano, cerró los ojos y los oprimió, tironeando luego de los pezones. Se le escapó un suspiro hondo, casi un gemido. Pensé que lo que estaba viendo era algo que nunca le pedí ni le pediré a Isa. No se convierte a la esposa amada y respetada en espectáculo erótico. No es que Isa no me mostrara los pechos. Lo hacía al cambiarse de ropa o al salir del baño, con total naturalidad, y no ha faltado el momento en que, a mi pedido, me los acercó –pechos grandes, hermosos, al borde de la exuberancia—para besárselos con el respeto y la contención con el que un caballero deposita un beso en la mano que la dama le abandona. Y ni hablar que en plena cópula se los he estrujado, especialmente al alcanzar el éxtasis. Pero pedirle así, en frío, que se los toque, eso, como dije, no, nunca.

Eleni se inclinó sobre mi vientre, y tomando el miembro lo descapotó con delicadeza como si me pudiera doler. Paseó el glande desnudo por sus tetas, amagando meter los

piquitos por la boquita abierta. A esta altura tenía la erección en el máximo de su esplendor.

-Qué hermosa pija –repitió con énfasis, casi con gula declarada.

Conozco los genitales de Ale de los vestuarios del club. Mi pene es de mayor calibre y longitud. No era lo mismo para Eleni encarar el miembro de Ale que encarar el mío. Apoyó los labios sobre el glande como calculando, y pareció dudar. Como dije la felación con Isa está restringida a momentos especiales, pero no prohibida. La boca grande y jugosa de Isa se ve cómoda y a sus anchas recibéndome. Pero Eleni... De pronto giró y abrió su cartera, sacó un potecito de crema, crema para las manos me pareció, y se untó con ella los labios todo alrededor de la boca, tal y como se humecta y lubrica un orificio muy estrecho antes de penetrarlo. Después expandió la crema sobre el glande y hasta la mitad del tallo. Nunca visto. Que yo sepa en caso de imposibilidad manifiesta se cambia de tema. Pero para Eleni el tema era evidentemente excluyente.

Fijó el pene rodeando con los dedos la base del tallo y, con la boca bien abierta, comenzó la penetración. Más que un momento de pasión erótica aquello parecía un truco ilusionista, o una tortura china, o una pitón devorando un conejo rosado y regordete.

-Eleni... -susurré compasivo-. No me parece... si vos querés cambiamos...

Me miró sin soltar la parte de presa ya cobrada, y en su mirada turbia leí con claridad que así mismo era que quería estar. Con la mitad del miembro dentro de la boca comenzó un cauteloso meneo empujando contra el fondo de su garganta. Las líneas clásicas de su fisonomía estaban totalmente distorsionadas por el esfuerzo. Temí que

se le venciera la mandíbula. Y sin embargo, dejando de lado toda cautela, con ambas manos tomé su cabeza y empujé, como pretendiendo completar la intrusión.

Soltaba a esas agarrotadas y le saltaron lágrimas de los ojos, pero me dejó hacer, incluso cuando comencé propio de la cópula. Sus dientes, inevitablemente me rozaban la piel. No era desagradable la sensación y pronto empezó a sumar en mi camino al orgasmo. Me pregunté si la fricción no me dejaría marcas. Por momentos me vino la peligrosa idea de, con un buen puntazo, vencerle la garganta. Asfixiarla. Que respire por el culo, pensé descontrolado, para mi vergüenza, la misma con la que lo relato ahora. Quizá intuyó la tentación de maldad a la que invitaba su sumiso empalamiento, y se retiró. La crema, ensalivada, le goteaba por el mentón.

-Bestia –dijo, y tuvo que aclararse la garganta para que la palabra saliera entera.

Se secó el mentón con el dorso de la mano.

-Perdoname. Podemos dejarlo –insistí.

-Esto se acaba cuando se acaba –dictaminó, recurriendo a lo que me pareció una agudeza burdela para decir que coraje no le faltaba y que su objetivo era mi desborde.

Creo que fue ahí que me puse necio y decidí negarle mi semen, cosa que no sería fácil si no me ponía, además, grosero. Con Ale habría sido seguramente un quicky, pero conmigo se trataba de una intervención mayor, con la llegada del niño de la escuela como límite de tiempo. Un quicky era ciertamente otro de los ítems que jamás le pediría a Isa. El sexo en el matrimonio es un acto de amor y de comunión en el espíritu, y esas profundidades no saben de urgencias morbosas.

-Cerró los ojos –pidió.

Sus labios finitos, como escuálidas babosas, subieron –es decir, bajaron- a lo largo del tallo. Cerré los ojos y empecé a relajarme. La cavidad bucal parecía habersele misteriosamente adaptado a mi longitud y a mi calibre. A media verga se detuvo y comenzó un vaivén modoso, como el que se le aplica a la cuna de un bebé que ya está a punto de dormirse. ¡Alabado sea Dios! No soy religioso, pero invocar a Dios en situaciones extremas, como a muchos, me hace sentirme si no protegido por lo menos acompañado.

En vez de eso, horrendas imágenes se apoderaron de mis ojos cerrados. La boquita que mamaba de mi verga era la de una preciosa princesita. Una niña, una niñita con una boquita escueta y sedosa. Zafé del horror abriendo los ojos. El casquete rubio de Eleni martillaba con ritmo perezoso el glande contra el fondo de la garganta. De pronto suspendió la faena, giró y tomó su cartera otra vez, revolvió dentro y sacó dos argollas de plástico. Parecían partes de algún juego infantil, pero lo que hizo fue colocarlas en el miembro bajándolas por el tallo hasta tocar los pendejos.

Eran un tope. Volvió a alojar el miembro en su boca y comprobó que, por más que martillara, el tope impedía el puntazo contra el fondo de la garganta. Una mujer inteligente, con una boca tan chica y una pasión tan grande por la felación tenía que encontrar la manera de no dañarse, o de vomitar sobre la alfombra. La manera era limitar, si no el calibre, por lo menos el largo de la presa. Libre de temores, Eleni se lanzó a una mamada salvaje, desordenada, chupando, y lamiendo con su lengüita seca y áspera, como de gata, y meneando lo que quedaba fuera, con dedos nerviosos,

implacables. El resultado de aquel caos de sensaciones sería una inmediata erupción si no hacía algo por evitarlo.

-Sin manos –exigí.

Obedeció, pero el acelere que traía era suficiente como para ponerme a bombear semen apenas se le ocurriera. Felizmente pude apreciar que aquello no era un empeño puramente desinteresado: ella misma estaba a punto de acabar. Vi que una mano furtiva le estrujaba los pechos. Un gruñido de delicia se le escapó de la garganta.

-Pará –dije.

Obedeció. Tenia los labios como duros, como anestesiados por la fricción contra el grueso del tallo.

-Dejame tocarte los pechos.

Se irguió y se inclinó hacia mí para acercármelos. Eran perfectos pero demasiado pequeños para mis manos. Lps manoseé y los oprimí sintiendo que eran como los pechos de una adolescente o una enana. Cerró babeándose de placer.

-Dámelos en la boca.

Me los ofreció con ambas manos. Tuve que inclinarme hacia adelante para devorarlos con la aidez de una bestia glotona. En mi boca sentí lo firmes que eran, y que la piel era lisa y tensa como una pelota de goma. No me parecía estar con una mujer sino con una marciana. Chupé los conitos rosados. Se estremeció. Entonces se los mordí, sin asco y sin piedad, como jamás se los mordería a Isa. Recuerdo ahora -un recuerdo dispar a el otro- que, nacido nuestro bebé, conmovida por la fascinación que me producía el amamantamiento, Isa me invitó a mamarle del otro pecho.

Mimetizándome aprendí, según yo, como cuánto de voraz puede ser el cachorro humano.0

Otro gallo me cantaba con los pezones entre mis dientes, de hecho mordiéndoselos. Me dejaba hacer, con la garganta incapaz de gemido alguno, palideciendo sus mejillas, dándome la impresión de que en mis manos quedaba dejar de morderla o seguir hasta arrancarle los pezones. Imaginé sus pechos mutilados. La imaginé mostrando orgullosa la cicatriz de mis mordidas. La solté, asustado. Se lanzó entonces sobre mi miembro, hundiéndoselo hasta los topes. Eran sus dientes ahora los que amenazaban morder, mutilar. Al borde del pánico imaginé que me clavaba los dientes como yo se los clavé. ¿Qué haría entonces? Darle un piñazo sería probablemente peor. Tendría que abrirle las fauces como se hace con un perro furioso, con lo que quizá terminaría por desencajarle la mandíbula, o ella por arrancarme a medias el pene.

Pero el rollo sanguinolento era mi rollo, el producto monstruoso de mi culpa, Eleni, alma de lujuria inocente, estaba en otra. Todo lo que quería era tragarse mi semen. Me aplicó una plácida mamada mientras con todo el cuerpo ondulaba sobre mis muslos. Con los labios empujaba el tope, como si quiera superar los límites que se había impuesto. Pero sentí que no iba sólo por lo mío, también iba por lo suyo. Su mano izquierda había encontrado el camino para masajearse el pubis. La bola de semen golpeaba ya en las Puertas del Cielo, pero inútilmente, porque algo en mí, en lo profundo de mi mente, había decidido que Eleni no tendría mi semen.

Eleni estaba en llamas. Sudaba su frente empapando sus mejillas. Ondulaba mamándome la verga con una intensidad insoportable. Conseguiría mi semen ya no

porque yo se lo lanzara sino por la pura succión. Se masajeaba frenéticamente, pero no acababa.

-Masturbate –le dije.

Soltó la presa. Estaba desencajada, jadeaba. Torpe de tan apurada se remangó la falda, se bajó la coqueta bombachita, toda puntillas, y se acostó en la alfombra mostrándome la vulva. Hundió dos dedos de la mano izquierda en la vagina y con los dedos de la mano derecha se frotó el vértice. Frotaba como con furia, tenso el gesto y los dientes apretados, como un motor que no consigue la chispa de encendido.

-No, no... -gruñó de repente, y abrió mucho los ojos, como sorprendida por la inaudita belleza del paisaje que se le presentaba desde lo alto, desde la cresta de la ola.

Se aflojó de golpe totalmente y cayó hacia atrás, jadeando, cerrando los muslos se contrajo como para quebrarse y después se enroscó en sí misma como para evitar que el alma se le escapara por entre las piernas. Después, aflojándose definitivamente, temblaba como en hipotermia. Poco a poco, grogui, como si efectivamente le hubiera dado aquel piñazo, se fue sentando en la alfombra. Vio el miembro, incoerciblemente erecto, duro como una estaca.

-¿A quién si no a mí? –dijo, o algo parecido, porque en realidad no comprendí lo que decía. Y luego, clarito-: Hijo de puta.

Avanzó de rodillas hasta colocarse entre mis muslos otra vez. Sacó las roscas del miembro, lo atrapó por el tallo e inició un meneo.

-No –dije-: Estoy bien así.

-Quiero tragármelo –dijo, conmovedoramente relajada por el polvo.

-Otro día, te lo prometo.

-Echámela encima –susurró, caliente. Me mostró las manos ensortijadas -: En mis dedos... en mis anillos...

-No –dije suavemente y acariciándole el pelo rubio.

-Podés acabarme en las tetas... en la cara... -insistió, tan melosa como podía, mirándome a los ojos, levantando la cara como para tentarme.

Pero yo estaba más allá de toda tentación. Me paré y me aparté, guardé el miembro y me acomodé la ropa. Eleni se paró y se cubrió el pecho. Se puso el sweater. Por un momento quizá sí tuve la tentación o quizá sólo fue imaginación morbosa: me vi acostándola sobre el sofá, parándome al lado, masturbándome y soltando el semen a chorros sobre su sweater de angora.

-No te vayas así –dijo en un tono dócil, de ruego, que no le conocía -: ¿Querés cogerme? No te lo pierdas. Tengo la concha tan apretada como un culo.

Me imaginé descuartizándola a vergazos. Humores turbios habían ganado mi espíritu y me aterrorizaban, sería mejor que me fuera antes de ceder al insólito deseo de brutalidad que me había ganado.

-Por favor –le dije, convincente, o casi-, me siento bien así, no me hagas sentir mal. Vos tuviste lo tuyo...

En dos pasos estuvo pegada a mí, aunque sin tocarme.

-Nunca le pedí a nadie que me coja –dijo bajito, como si aquel fuera el argumento definitivo -: Te doy también el culo si querés.

Imágenes de romperle el culo, partiéndole el cuerpo al medio. ¿Por qué estaba allí, con esa mujer imposible, capaz de despertar lo peor en mí? Los efectos de la fórmula mágica se habían desvanecido y estaba cara a cara con la realidad. Había aterrizado en el reinado del morbo más crudo. Tenía embotado el cerebro por los efluvios del semen, por la vibración de la erección, que en cualquier momento terminaría por empaparme el frente del pantalón. Le di un beso en la frente a manera de mi último argumento y abrí la puerta del apartamento, forcejeando un poco torpemente con la llave, casi en plan de huida estrepitosa. Antes de cerrarme la puerta del ascensor dijo, retomando la máscara de mina insípida, con tono de escribana despidiendo a un cliente, por si alguien la estaba oyendo –que espiar a los vecinos es una de las actividades favoritas en los edificios de apartamentos:

-Tenés mi teléfono.

De regreso a casa dudaba entre contarle el encuentro a Isa y no hacerlo. Esto último era, claro está, lo más razonable. ¿Para qué ser responsable de la primera mácula en la pureza de nuestra relación? Claro está que, si la mácula no la producía el relato, la produciría mentirle ocultándole los hechos. Por otra parte ¿qué mayor mérito que rechazar la máxima voluptuosidad cuando ya está al alcance de la mano? Claro está que poniendo la lupa en los distintos aspectos de la cosa, aparecía un pequeño detalle: aceptar o no que la fórmula mágica me había afectado como a cualquier mortal. Ese era el punto en cuestión.

Estoy seguro de que Isa era la única mujer joven que al atardecer se sentaba en su sillón a tejer –sí, a tejer con dos agujas largas y un ovillo de lana, como una abuelita- y

a escuchar música clásica. No hay cuadro mejor, para que el alma se apacigüe, que se le pueda ofrecer al que vuelve a casa atravesando el loquero de la hora pico.

-Voy al baño y vengo –le dije pasando de largo, apremiado por la idea de que pudiera estar oliendo a los menjunjes de la escribana.

Lavado el miembro y bendecido con Agua de Colonia –suficiente en realidad como para que Isa de inmediato sospechara- le di un beso y me senté a su lado.

-¿No te importa si sigo tejiendo? Me falta poco para esta manga –dijo, mirándome por encima de los lentes.

Yo la miraba preguntándome sinceramente cómo era posible que alguien que tiene una mujer de esta belleza en casa fuera a buscar voluptuosidades con un personajillo como Eleni. Me apabulló la dimensión de mi estupidez. De pronto se me ocurrió... realmente no había motivo para semejante ocurrencia, para entregarme tan fácilmente... se me ocurrió que tanta estupidez merecía un castigo, y que el verdadero castigo no podía alcanzarse sino con una confesión completa: ponerme en manos de su misericordia. Cuanto antes, mejor, y cuanto más manifiestamente arrepentido, mejor. De manera que me arrodillé en la alfombra y me incliné hasta apoyar mi frente sobre sus pies, enfundados en pantuflas de corderito.

-Ya veo... -dijo, y una de sus manos acarició mi nuca, tal y como se le hace un mimo a un pichicho.

-¿Qué ves? –pregunté.

-Que estuviste con esta muchacha... -lo dijo muy tranquila.

Permanecí postrado al extremo. Quizá confesar no sería tan tremendo como imaginaba... Como no podía ser de otra manera, Isa adivinaba.

-Vamos, no exageres –propuso, maternal-: Sentate y contame.

-No quiero sentarme. Quiero estar así.

-Bueno, como quieras –dijo y retomó sin más el tejido-: Pero contame.

No se me ocurría cómo contárselo, ni siquiera por dónde empezar. Todo el asunto me parecía irredimiblemente ridículo y abyecto. Hubiera querido saltar directamente al momento de mi heroica resistencia.

-¿Empleó la fórmula mágica? –preguntó Isa, sin ansiedad alguna en la voz.

-Sí.

-Y ¿qué sentiste?

-Me sentí como un adolescente al que una señora desvergonzada le ofrece una felación.

-No hables con la boca contra la zapatilla porque no entiendo –protestó, paciente.

Repetí lo dicho.

-No me hagas literatura –dijo con tono de dulce advertencia.

Apabullado, callé. No me permitiría utilizar palabras que maquillaran los hechos. Pero no me atreví a decirle sencillamente que la fórmula mágica funcionó conmigo tal y como había funcionado con Ale.

-La carne es débil –adujo adivinando, y consolándome-: No te avergüences, yo soy tan débil como vos –agregó, y semejante confesión me sonó como una terrible amenaza.

-No, vos no sos débil –protesté, asustado.

-Eso quisieras –dijo, sin dejar de tejer-: Pero no es así. Seguí contando ¿dónde la llevaste, o dónde te llevó?

Me aterrorizaba pronunciar justo la palabra que ella no quisiera oír, la que la sacaría de las casillas, y que yo ignoraba por completo cuál pudiera ser.

-No te imaginás lo ridículo que era... yo con este corpachón... y ella petisa, esmirriada, con ese rictus como de desprecio en los labios...

-Pobre... -dijo Isa sin dejar el tejido y sin especificar por quién se compadecía.

-Fuimos a su apartamento, un edificio de buen nivel, a una cuadra y media.

-¿Vive algún conocido nuestro ahí?

-No que yo sepa.

-Menos mal. ¿Y entonces? –preguntó, sin énfasis, como apenas picada por la curiosidad, y sin dejar su tejido.

Me pregunté qué escondería la actitud relajada de Isa. Es su actitud habitual en la rutina cotidiana, pero el asunto Eleni no era cualquier asunto. ¿Mantendría la actitud hasta el final o llegaría el momento en que se sacaría la máscara de cordero y me destrozaría con sus fauces de loba, que sé que las tiene porque más de una vez la vi emplearlas? Por supuesto que nunca habíamos estado en una situación de este pelo. No veía más camino que mostrarme como arrepentido y al asunto como ridículo.

-¿Se desnudó? –preguntó invitándome a pasar a los detalles.

-Sólo los pechos... -mentí-: Le gusta tocarse mientras...

-¿Y tiene buen pecho? –preguntó, artera, sabiéndose dueña del más hermoso par de tetas imaginable: pletóricas, poderosas, delicadas y sensibles. Bellas como las de Sarandon en Pretty Baby.

-Le podés contar las costillas...

-No tiene nada que ver. A veces las flacas... -dijo y oí que dejaba el tejido sobre la mesita.

-No es el caso, creeme.

Isa me tomó por debajo de los brazos y tironeó para que me levantara. Tuve que ceder y por lo menos erguirme quedando de rodillas frente a ella. Me sonrió divina, cálida, maternal. ¿Era aquello una actuación para llevarme a desembuchar todo y luego aplicarme el peor de los castigos, que a saber cuál sería? Si se limitara a azotarme... Lo cierto es que bañado en la dulzura de su mirada me sentía más idiota y más culpable que nunca.

-¿Y lo que tanto promociona, qué tal? –preguntó acomodándose en el sillón, una mano sobre la otra, lista como para oír tranquilamente lo que prometía ser la mejor parte.

Tierra trágame. El calor me subió a la cara. Cautela. Hora de mentir.

-Nada del otro mundo –dije, sin mirarla a los ojos-. Tiene la boca chiquita como la de un pescadito de pecera –arriesgué, haciéndome el gracioso.

-Hay quien tiene una piraña en la pecera. El tamaño de la boca no impide nada –opinó con sensatez.

No sé si lo dije, pero este es el momento adecuado para repetirlo: Isa tiene la boca de una diosa de la sensualidad. Ni grande ni chica pero carnosa y sedosa a punto tal que con un beso profundo puede llevarte sin esfuerzo a donde se le ocurra.

-Pone de sí, se lo concedo, pero de forma atropellada, nerviosa...

Me pregunté si contarle lo de la crema. Sin duda que le divertiría, pero sería entrar en un nivel de detalle, de imaginación concreta, que podía dispararse mal.

-No te dejaba concentrarte, digamos –sugirió, y ahora me pareció claro que lo que quería era jugar un poco al ratón y el gato.

-Es que de todas maneras... -intenté protestar, pero me quedé sin palabras.

Puse mis manos sobre sus rodillas e hice, muy suavemente, por separarlas, dispuesto a saltearme el resto de la tortura acudiendo a las embriagueces del mejor polvo que fuera capaz de ofrecerle. Pero se mantuvo firme negándome el acceso.

-¿Eso fue todo? –preguntó con el tono suavizado, casi mimoso. Era el pedido de acceso lo que la había suavizado. También a ella la estaba ganando el cachondeo.

-Es que me da vergüenza. Fue todo tan ridículo, y estoy tan arrepentido... -dije, casi rogando clemencia.

-Mi amor... -musitó, quizá perdonándome y compadeciéndome, y la firmeza de sus rodillas desapareció dejando que mis manos, sin esfuerzo, las separaran.

Creí adivinar, no sin sorpresa, que se le hacía agua la boca por probar la pija que había empleado en la otra un rato antes. No podía sino ser así, por más que me sorprendiera, porque conozco muy bien a Isa, me dije con íntimo goce, y sé, por ejemplo, que cuando separa los muslos es ya como si estuviera cogiendo. Y sé que no sabe utilizar el cuerpo fríamente, sin entregarse por completo.

-Decímelo todo –pidió y me pareció entender, en mi desconcierto, que ya no era para juzgarme sino para gozarlo.

-Tan chiquita tenía la boca que tuvo que ponerse un lubricante en los labios para poder introducir el pene –dije y sentí que había encontrado la manera de contárselo: como una especie de cuento de hadas, con un monstruo devorador y un caballero en apuros- : Tan chiquita que tuvo que ponerme unas argollas en el pene para no lastimarse la garganta.

-Uau –dijo Isa, y ahora tenía las mejillas coloradas-. Es que lo tenés realmente grande...

Le separé más las rodillas y me coloqué entre ellas, pero Isa hundió con las manos la falda entre sus piernas a manera de última y seguramente que muy precaria resistencia.

-... verdaderamente tremendo... -aseguró con un ronroneo que me sonó como el motorcito de su imaginación.

-No lo tengo tan grande, es el tamaño justo para tu cuerpo –le aseguré.

Pude haber cortado ahí el cuento, levantando la última defensa y penetrando en su cuerpo que me esperaba abierto y empapado de ansiedad. Pero en mi cuento, como corresponde, lo mejor estaba en la vuelta de tuerca final. Me limité a inclinarme hacia

adelante para besarle los labios que, golosos, acariciaron a los míos como un animalito tierno arrancado de su dulce quietud. Me sentía satisfecho y dominador: por un momento había estado arrinconado esperando el último zarpazo, pero había sabido esperar a que Isa se quitara la careta de Gran Inquisidor que tan mal le ajustaba. Al fin y al cabo la carta de triunfo la tenía yo.

-Pero vos... estabas excitado... -afirmó más que preguntó sin dejar de besarme.

-Bastante... -dije, distante, como quien evalúa el servicio de un restaurant. No tenía apuro por verter la gota que desbordara el vaso-: Estaba excitado, pero no sentía nada –dije. Y agregué, triunfal ya-: Lo mismo me hubiera dado si en lugar del pene me hubiera estado chupando los dedos de las manos, o de los pies.

Mis manos habían estado, muy lentamente, a paso de caracol, desnudándole los muslos. Al tacto reconocí una de sus bombachas coquetas pero discretas, para noches de ardor amoroso. Isa soltó un suspiro sobre mis labios.

-Eleni alcanzó su satisfacción, chillando como un chancho en el matadero –dije, lamiéndole los labios y tocando su entrepierna por sobre el satén y las puntillas-: Pero yo no. Yo decidí que no le daría mi orgasmo.

Isa se separó un poco para mirarme a los ojos. No daba crédito a lo que oía. Realmente la tomé por sorpresa.

-No te creo –dijo suavemente, al borde del encantamiento, su mirada profundamente en la mía.

-No veo por qué no. Lo raro hubiera sido que quisiera entregarme a ella. Todo aquello había sido innecesario y absurdo, pero todo tiene un límite.

Isa quedó callada digiriendo aquello, y comenzando a entregarse a mis dedos, que zafando de las puntillas se deslizaron por el canal, empapado por demás, hasta penetrar en su cuerpo. Sentí cómo separaba más las piernas. Su mano en mi nuca me atrajo para besarme.

-No te creo –repitió, en la delicia.

-Se puso como loca –dije, echando más leña al fuego-, me ofreció usarla como quisiera para acabar. Estaba irritada, casi furiosa –exageré-, pero no quise.

-No te creo –dijo una vez más, con tono delicadamente orgásmico.

-Tengo la prueba de que no miento –dije.

Se apartó otra vez para mirarme.

-¿Cuál prueba? –preguntó, con su pubis ondulando contra mis dedos.

-¿Qué día tuvimos sexo tú y yo?

-Antes de ayer... el lunes...

-Si hubiera acabado hace una hora ¿cómo tendría el semen?

-Flojo... un poco acuoso...

-¿Por qué no te fijás cómo lo tengo?

-Eso voy a hacer –suspiró sin dejar de abrirse a mis dedos-, pero ahora vení, besame.

Nos devoramos las bocas e Isa alcanzó el orgasmo con una melodía deliciosa en la garganta. Ya acabada le froté el clítoris y se estremeció como alcanzada por una descarga eléctrica. Cuando estuvo por completo apaciguada me paré y desnudé el

miembro erecto de manera francamente triunfal. Saqué también fuera de la bragueta los testículos, que se veían repletos. Isa se deslizó hasta quedar sentada en el borde del sillón. En una mano acunó los huevos y con la otra inició un delicado meneo de la verga. Comencé a sentir el cuerpo ligero, luminoso y dominado por una cosquilla etérea. No tuvo que bombear mucho. Había sido una tarde larga y densa.

-Tenés que seguir hasta que eyacule. Acordate de que tenés que ver el semen.

Me miró a los ojos y me sonrió, dulce y clemente.

-Yo te creo –argumentó. Bien le veía que antes que la prueba lo que prefería era tenerme dentro de su cuerpo.

-No me alcanza con que me creas, necesito que lo veas –como una especie de Tomás recalcitrante y a la inversa.

Estuvo desconcertada unos segundos, después se decidió, hizo lo que nunca antes, mostrándome una dimensión oculta de su deseo. Me dije entonces que ese era el sentido que se podía encontrarle a aquella tarde loca: derribar barreras, vernos mejor, más verdaderamente. Se quitó el saquito de lana y luego la blusa, desabrochó el sutién y exhibió la maravilla de sus tetas. Las levantó y las juntó con sus manos.

-Eyaculé aquí –dijo, mirándome demudada, sin verme, creo yo, dominada por el placer extático de ofrecerme los pechos para recibir el semen.

¿Es que rociando el cuerpo del otro con semen lo humillamos? No, el semen no es un detrito. Nada tiene que ver el asunto con las abyectas ceremonias del poder. El semen es vida en busca de vida. Me masturbé delante de sus ojos ciegos bien abiertos, apunté y eyaculé. El semen era blanco como puede serlo el alabastro y tan denso que

no goteó siguiendo las redondeces de los pechos sino que quedó como pegado a la delicia de la piel. ¿Cuánto acabé? Cuatro grandes goterones impactaron en su piel. Medio vaso, digamos. Isa se miraba los pechos, fascinada. Luego miró el miembro, vibrante todavía y abrió la boca. Fue la mamada más dulce, cálida y amorosa que un pecador arrepentido pudiera recibir. ¿Pueden unos labios que recorren un miembro viril expresar la pureza del amor? Sí pueden. Tanto me conmovió que el miembro volvió a hincharse y el semen volvió a manar por última vez. Cuando por fin pudimos regresar del espasmo nos sonreímos. Me convencí de que nada había cambiado en nuestro amor, por siempre inmaculado. Me arrodillé otra vez y sacando un pañuelo le sequé los pechos. Mi continencia estaba largamente demostrada. Como Engels, mi dulce esposa podía decir: “la prueba de la existencia del pastel la tengo en la barriga”.

La vida no fue generosa con nosotros. No llegó a cumplir veinte años nuestro matrimonio. Dios la tenga a su lado. La tiene, seguramente, primera entre las favoritas en su harén infinito de santas y pecadoras. Aquí quedé yo con mis recuerdos, más algunas fotos y algunas prendas de ropa, entre ellas el saquito de lana que tenía puesto aquella tarde. Por supuesto que el resto de los días que compartimos me pregunté si por pura curiosidad o por un sentido de la justicia y de la simetría, notorio en ella, más allá de la prueba de fidelidad in extremis que fui capaz de presentarle, no habría tenido también ella la tentación de recurrir a la fórmula mágica, si no habría sentido la tentación de soltársela inopinadamente a algún inocente caballero. No podría reprochárselo, de haberlo hecho. Aunque pienso que me lo hubiera dicho, como yo lo hice. También pienso que el amor lo legitima todo, y que, conociéndome como sólo ella me conocía, pudo no habérmelo dicho para evitarme un sufrimiento quién sabe cómo ni cuánto de dañino. A veces imagino que pudo haber quedado

fascinada, prisionera de la fórmula mágica, consumiéndose en su fuego el resto de su vida, llevando una segunda vida, clandestina, entregándose a su vicio cada tanto. Lo malo de los seres humanos es que nunca se llega realmente a conocerlos. A medida que pasan los años de matrimonio menos conocemos al otro. Por supuesto que esos libertinajes que le atribuyo son meras fantasías. La vida no podría haberme castigado tanto por un pecado de pura distracción, de pura tontería.

1954

Guardo intocado un recuerdo con el que quisiera hacer una contribución al tema que en esta ocasión los concita. Sucedió durante la visita del renombrado biólogo Otto Von Viereck a nuestro país, en julio de 1954. Ustedes recordarán, quizá, que cuatro meses después de su visita Von Viereck y su esposa, Veronika, desaparecieron sin dejar huella en Frankfurt, donde residían. Junto con Elizabeth, mi esposa y hermana de Otto, viajamos de inmediato a Alemania, y gastamos una fortuna pagando una investigación privada que no pudo darnos la menor certeza respecto de su paradero. Recuerdo que, una vez cerrada la carpeta que contenía el informe final y guardado en el cajón del escritorio el cheque con el que le pagamos, el coordinador de la investigación se sacó los anteojos de culo de botella, los puso encima de la carpeta de forma que parecía que lo miraban, los miró y, como si les hablara a ellos, dijo simplemente a manera de conclusión: “Yo que ustedes iría a preguntarle a los norteamericanos”.

Por entonces los norteamericanos todavía eran los que hacían y deshacían a su antojo en Alemania, de manera que fuimos al Consulado en Frankfurt y preguntamos por los desaparecidos en cada una de las secciones: visas, pasaportes, becas, asuntos

culturales, comerciales, militares, deportivos, etc., sin resultado alguno, hasta que nos derivaron a una oficina en el subsuelo, la oficina de la CIA. Allí un señor con aspecto de vendedor de aspiradoras nos dijo que creía conocer la respuesta al misterio. “Casi seguramente su hermano fue secuestrado por los servicios secretos soviéticos, fue llevado a la zona oriental y de allí a la Unión Soviética”, dijo, y mostró las palmas de las manos significando impotencia. “El doctor Von Viereck no quiso ni colaborar con nosotros ni recibir nuestra protección”.

En ese momento Elizabeth no dijo nada, pero luego me explicó que las palabras del burócrata le habían revelado indirectamente lo que había sucedido: cuando Otto se negó a emigrar a los Estados Unidos los americanos lo entregaron a los soviéticos en algún intercambio secreto de rehenes, prisioneros, chismes, favores o lo que fuera. La ilusión de Otto de pasar desapercibido permaneciendo en Alemania resultó tan efímera como su familia y sus amigos le advirtieron que resultaría. Regresamos a casa a fines de marzo. Aquellos eran los años dorados de la fábrica, continuamente se nos abrían nuevos mercados, construíamos nuevas instalaciones y había nuevas tecnologías para aprender y aplicar. No podía darme el lujo de permanecer alejado por más tiempo. Aunque contadas veces volvimos a hablar del asunto -de hecho, nunca apareció un elemento nuevo en lo concerniente a la desaparición-, sé que Eli guardó en su corazón la seguridad de que volvería a ver a su hermano. Hasta hoy sigue creyéndolo. La caída del Muro de Berlín, y luego la disolución de la Unión Soviética la llenaron de nuevas esperanzas. Durante estos últimos años ha estado esperando día tras día recibir noticias de Otto, pero nada ha sucedido. Recientemente hemos analizado la posibilidad de viajar a Rusia para intentar ubicarlos, si es que viven -pero si vivieran ya se hubieran comunicado con nosotros, sin duda alguna-, o por lo menos

para intentar conocer su destino, identificar sus tumbas, o lo que fuera. Pero un viaje así implicaría costos que hoy no podemos enfrentar. Hemos fantaseado dirigiernos a organizaciones de Defensa de los Derechos Humanos, a la prensa, a la Academia de Ciencias de Rusia, publicando sus fotos más recientes, quizá las últimas que se les tomaron -que son las que nos sacamos juntos en Piriápolis, y que aquí las tengo, a la vista, mientras escribo, y de las que Eli tiene guardados, en perfecto estado, los negativos-, en fin, hemos fantaseado todo un renovado despliegue de actividad de búsqueda que aún no hemos comenzado, en primer lugar, sin duda, porque estamos bastante viejos y achacosos, y ya no contamos con recursos financieros abundantes, pero sobre todo porque ¿quién habría de ayudarnos a dar con el paradero de un científico cercano a los círculos del poder de los nazis?, los judíos seguramente, para abrirle un expediente y mandarlo a pudrirse otra vez en prisión, en el mejor de los casos. Lo que yo creo, conociendo a Otto -no tanto personalmente pero sí a través de los recuerdos de Eli- es que, si los americanos lo entregaron a los soviéticos, es seguro que también con ellos se negó a colaborar, y en ese caso, para convencerlo o para castigarlo, lo torturaron hasta matarlo, o lo dejaron pudrirse en algún gulag, en la Siberia más remota.

Pero volvamos a julio de 1954. Entonces éramos jóvenes, y estábamos llenos de vida, y si no éramos ricachones, les aseguro que no nos privábamos de nada que se nos pudiera antojar. Otto vino a Uruguay, específicamente -según nos dijo- para presentarnos a su joven y flamante esposa, Veronika Blakenhof, la neuróloga más brillante de su generación, y eso es decir mucho cuando se trata de Alemania, aunque a nadie inferior podía esperarse que escogiera Otto como esposa. Veronika había

nacido en Japón, donde su padre era embajador antes de la guerra, había pasado la guerra en Brasil, donde su tío amasaba fortunas con sus minas de diamantes, y había regresado a Alemania hacia 1950 para ocupar un cargo de jerarquía junto a su otro tío, Rector de la Facultad de Medicina de la Universidad Ludwig Maximilian de Munich. Era una especie de Princesa del Mundo a la que todos los privilegios habían sido concedidos. Rubia, de ojos azules, rasgos de delicada belleza nórdica... belleza afeada por el rictus entre duro y despectivo que estaba siempre por aflorar en sus labios de un pálido rosa. Su cuerpo, perfectamente atlético, perdía la gracia que debía serle natural debido a una especie de rigidez en los movimientos, algo robótico, o militar. Lo suyo no era el glamour, ni la ostentación, su actitud era retraída, pero sin dejar de estar atenta a todo su entorno. Era el tipo de persona que no necesita abrir la boca para que se perciba el poder de su mente. Su medida sonrisa era a la vez enigmática, burlona, invitadora y despectiva... Aunque con un inocultable acento prusiano, hablaba el español con una perfección gramatical -condimentada, sorprendentemente, con modos y peculiaridades del habla rioplatense- de la que estaba muy lejos Elizabeth, que llevaba más de diez años viviendo en nuestro país. Otto, por su parte, a duras penas se expresaba en español, y a menudo recurría a las traducciones de su mujer o de su hermana.

Miro las fotos mientras sorbo despacito del tazón de café con leche que acaba de acercarme Eli, acerco un poco más los pies a la estufita de cuarzo, único recurso con el que contamos para mantener a raya al invierno, y me dejo ir en pensamientos y en recuerdos, y cada recuerdo le abre la puerta al que viene detrás. Me pregunto qué habrá sido de la belleza señorial de Veronika en las cárceles soviéticas. Mi memoria,

debo decirlo, funciona con precisión fotográfica, y al recordar a Veronika revivo con intensidad casi insoportable cada momento vivido en aquella visita. La sangre se me espesa, y se me agolpa, y una ola inesperada de calor me calienta el pecho y las mejillas. Porque, y aquí voy al grano, debo comenzar mi relato refiriéndome a la forma en que la mera presencia de ella me afectaba: simplemente no me atrevía a mirarla a los ojos, tanto me impresionaba la mezcla de fuerzas y potencias del Espíritu que me parecía que acechaban amenazantes, agazapadas en el abismo azul de su mirada. Téngaseme paciencia: piénsese, para calmar la suspicacia, que soy un romántico delirante, y que estaba aterrado por la brutal irrupción en mi tranquila existencia de un caótico “amor a primera vista”. Ya se verá que el espanto que Veronika me provocaba irradiaba, en realidad, de fuentes más secretas e inesperadas. La espiaba yo de reojo, de perfil, de lejos, como si de enfrentarla la radiación de su rostro fuera a desnudarme y achicharrarme. Aun ahora, que ya no quedan de ella ni los gusanos que la devoraron bajo tierra, puedo sentir cómo me erizaba estar cerca de ella, como si estuviera al alcance de algo poderoso, misterioso y terrible. Con todo... pobre Veronika... sin duda que era una mujer muy peculiar, como concluirán ustedes de mi relato, pero yo exageraba, quizá, en la forma que me impresionaba, bastante más allá de lo razonable.

Y sin embargo así me sentí desde el mismísimo principio, cuando al bajar la escalerilla del DC4 de Iberia -el mismo que cuatro meses más tarde nos llevaría, a Eli y a mí, a Europa- y caminar bajo la llovizna hacia el edificio del Aeropuerto, respondiendo al llamado de Elizabeth miraron Otto y su mujer hacia la terraza desde donde los saludábamos llenos de entusiasmo, cobijándonos bajo mi gran paraguas negro con mango de marfil, el mismo que duerme en el fondo del último cajón del ropero en

cuyo espejo me miro sin verme mientras escribo esto -paraguas que Eli ya no me deja usar porque teme que mis distracciones de viejo, o los punguistas, puedan conspirar para cambiarle de dueño. Veronika levantó el rostro para mirarnos desde debajo del ala de su sombrero y a mí, al verla, ya entonces, en ese mismo momento, se me congeló, con el corazón, la sonrisa de bienvenida. Así fue desde el mismísimo comienzo y así siguió siendo cada minuto de los diez días que pasaron con nosotros antes de seguir viaje a Buenos Aires y a Santiago para continuar pasando revista a los escombros resultantes del derrumbe y la dispersión de su círculo de cófrades y correligionarios.

Me he quedado mirando las fotos tomadas en Piriápolis aquellos días de julio de hace ya casi medio siglo. Son todas de cuerpo entero, pero con la ayuda de una lupa exploro aquel minúsculo rostro borroso en busca de más detalles de su fisionomía. Cuando se parte en busca de unos recuerdos atravesamos capas como de bruma, y a medida que se van haciendo más precisos los recuerdos, mayor y más obsesiva se vuelve nuestra exigencia de precisión, porque intuimos la inminencia de revivir plenamente la emoción del momento. Ampliada por la lupa una Veronika en tonos de gris me mira desde la cartulina abrillantada. Es a mí a quien mira: si no estoy en el encuadre es porque estoy tomando la foto. Tomados los tres del brazo Otto y Eli sonrían a la cámara. Veronika no. En su rostro hay una expresión dura, casi amenazante, conminatoria... ¿conminatoria de qué? Exige mi sumisión... Ha querido hablarme a través del lente de la cámara. Y casi medio siglo después, cuando hace seguramente largo rato que está muerta, me sigue hablando. Exploro su rostro con la misma unción temerosa y deslumbrada con que, furtivamente, lo hacía entonces. Algunos de ustedes

bostezan ya: piensan, y los comprendo, que chocheo divagando con el recuerdo de un enamoramiento vagamente adulterino, y que me estoy yendo lo más lejos posible del tema que nos convoca. No lo crean. Esto, tan vago, es esencial: si yo no me hubiera sentido así -inferior, fascinado, aplastado por su mera presencia, íntimamente sumiso- y si ella no hubiera captado el efecto que me producía, entonces seguramente que ella no hubiera actuado como actuó, que es lo que intento relatarles.

Sucedió el penúltimo día de su estadía. Aunque, como es natural, se alojaron en casa, yo había podido estar poco con ellos. Siempre pasa lo mismo: todas las cosas importantes tienen que convergir en un breve lapso. En esos días necesariamente tenía que irme a la fábrica temprano en la mañana y volvía al final de la tarde. Salíamos a cenar, y entre el sábado y el domingo fuimos a Carrasco, al Cerro, a Maroñas, a la presentación en el Teatro Solís de un pianista alemán cuyo nombre no ha retenido mi memoria. También tuvimos en casa una reunión con viejos amigos y conocidos, mayormente pertenecientes a la colectividad alemana. Otto no se midió, y la reunión resultó por demás abundante en discretos gestos de desagrado y silencios incómodos, y bastante más dilatada de lo que todos deseábamos. Ni qué decir que, por entonces, la gente empezaba a estar en muy otra cosa. No voy a decir quién fue, pero hubo quién, así de tardíamente, aprovechó la ocasión para expresar su asombro y su repudio por ciertos aspectos de la guerra, que Otto mencionó al pasar. En el correr de la semana Otto tuvo una media docena de citas, de negocios según Eli, que las concertó, y sobre las cuales no quiso entrar en detalles conmigo. Yo estaba por aquellos días demasiado ocupado como para permitirme ser curioso. Sólo bastante después, en Alemania, rumiando el misterio de su desaparición, Eli me contó que en

aquellos días Otto vio “a un profesor de filosofía, a un militar de alto rango, a un gerente de banco, a un político retirado de la vida pública, y a un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores”. Sé que de regreso a Montevideo Eli vio, o intentó ver, a algunas de estas personas, sin resultado alguno en lo referente al esclarecimiento de la desaparición. Veronika, por su parte, ocupaba el tiempo libre en la lectura de densas carpetas de mecanografiados, y acompañó a Eli en un par de excursiones de compras de las que regresó con las manos vacías. “Nada le gusta” suspiró Eli, encogiéndose de hombros “todo le parece feo o de mala calidad”.

Al acercarse el segundo y último fin de semana de la visita Eli me pidió que saliéramos de la ciudad. “Vámonos a Piriápolis” sugirió. “Necesito estar a solas con Otto, lejos de todo, caminar por el bosque de la mano como cuando éramos niños en Freiburg. Necesito volverme a llenar el corazón con la pureza de los ideales con los que Otto y yo soñábamos entonces. Lo necesito y sé que también Otto lo necesita. Será como una nueva comunión en el Espíritu, y un renacer a la vida después de tanto dolor y de tantos desastres”. Comprendí perfectamente y no pude sino acceder. Ese fin de semana precisamente me entregaban el Lincoln 1953 prácticamente sin uso, único ejemplar en la ciudad, que le había comprado a José Muñoz, el Jefe de Policía. Ocho cilindros en línea, 160 kilómetros por hora, tapizado de cuero, ventanillas automáticas, una maravilla que un coleccionista me pagó, veinte años después, tres veces lo que pagué -en dólares, porque para entonces ya estábamos en el infierno de la inflación galopante. Me pareció una espléndida manera de estrenarlo aquel viaje a los orígenes de Eli y Otto. Me atreví a soñar que aquel fin de semana mágico y feliz apagaría en Elizabeth ese aire melancólico que tantas veces desde que la conozco le

sorprendí cuando creía no ser vista. También me atreví a pensar que aquel viaje diluiría el aura de severidad amenazante que me parecía que pesaba sobre Veronika.

El sábado a las ocho de la mañana me entregaron el auto y a las ocho y media estábamos prontos para partir. Otto había abandonado su gesto habitual, entre envarado y arrogante -casi una máscara hollywoodense de militar prusiano- para pavonearse con lo bien que le quedaba el sweater que su hermana le había regalado, pero cuando vio el Lincoln no pudo menos que silbar apreciativamente mientras lo inspeccionaba de cabo a rabo. “El automóvil que prefieren los presidentes norteamericanos” comenté, con orgullo mal disimuladamente pueril. “Permíteme conducirlo un rato” condescendió a pedirme. Y, con una pizca considerable de sarcasmo -pero sólo ahora lo recuerdo, casi medio siglo después, porque ni siquiera lo recordé cuando nos sugirieron acudir al Consulado, en Frankfurt-, agregó: “Quizá manejándolo me convenza de aceptar la oferta de los americanos”, y una sonrisa despectiva volvió, por unos instantes, a colgar de sus labios. Los tristes hechos posteriores parecen demostrar que tal cosa no sucedió.

Sobre las nueve y media pasamos por Pando, y no eran las once cuando en Pan de Azúcar dejamos la ruta para tomar el camino hacia Piriápolis. Yo creo que en el rato de aquel viaje fue cuando los cuatro, como grupo, conseguimos nuestro mejor nivel de comunicación. Fue una especie de paréntesis sin roles ni máscaras en el que hablamos hasta por los codos y en el que nos reímos a las carcajadas de cualquier tontería, como la soledad de una vaca en medio del paisaje o la dificultad de pedalear una bicicleta

contra el viento y en subida. Hasta Veronika estaba más animada, aunque las sonrisas que asomaban en su rostro se veían rápidamente reprimidas. Empezaba recién a soplar una sudestada, y en el paisaje se sucedían apresuradas las sombras de las nubes y las breves pausas soleadas.

“Se siente igual que nuestro viento del Norte. Frío, majestuoso, espléndido” exclamó Otto, exultante, de cara al mar, al bajar del auto frente al Argentino Hotel. Eli lo abrazó: nunca había visto ni volví a ver ese brillo en sus ojos. Por un instante pude entrever a la Elizabeth que no conocí, la de antes del exilio. “Las potencias del Sur han comparecido para saludarte” respondió, emocionada. “Helado Meridión, que agitas las aguas de este mar oscuro, te traigo el saludo del helado Boreas, que reina sobre las aguas transparentes” declamó Otto. Confieso que me emocioné un poco con la operática felicidad de los hermanos Von Viereck. El mar marrón lucía sórdido y violento, el sol nos calentaba una oreja mientras el viento helaba la otra, todo parecía perfecto. Lo era. Miré a Veronika, sospecho que un poco con cara de bobo, buscando su aprobación, y me encontré con que me estaba mirando fijamente, y con que no dejaba de hacerlo, y juro que en aquel mismo instante fugaz pensé, con total precisión y claridad, que me estaba mirando con ojos de lobo hambriento. Veronika werewölfin.

Lo sé, me extiendo mucho en detalles que quizá no vengan al caso. Así son los recuerdos a mi edad, no sólo se acuerda uno de que el piso era de baldosas, también se recuerda el diseño de las baldosas, y la danza de sombras de las ramas del eucalipto sobre el piso de baldosas, y lo que uno pensaba mirando el movimiento de las

sombras... En fin, intentaré ser más conciso... Pero ¡qué demonios! Me da gusto la película en la que me sumerjo recordando aquellos momentos. De puro inocente, al recepcionista del hotel, un canariote pétreo, se le ocurrió comentar, con el pasaporte de Otto en la mano: “Alemanes, los nuevos campeones del mundo”, aludiendo al Mundial de Fútbol que había concluido días antes. Otto debe de haber tenido más de una mala experiencia con su pasaporte en los últimos años, de manera que fue ya amoscado que escuchó la traducción de Veronika, y fue con su más despectivo alemán que murmuró en respuesta: “Campeones mundiales de tiro al judío”, más que al rústico dirigiéndose a su mujer, que se limitó a soltar un sombrío: “Ja”. Me los imaginé disfrazados de cazadores tirolese, con la pluma sujeta en el sombrero de fieltro, la escopeta de dos cañones y los feroces ovejeros arrancando de sus madrigueras a los asustados y esqueléticos bípedos en pijamas rayados.

Almorzamos apenas sándwiches calientes y capuccinos para poder aprovechar al máximo las pocas horas de luz de la tarde invernal. Siguiendo la costanera rodeamos el cerro San Antonio, y por un camino de balasto y arena casi intransitable llegamos hasta Punta Colorada, apenas un caserío sembrado en un promontorio de cara al mar. Allí detuvimos el auto y bajamos para caminar sobre las rocas. Para entonces la sudestada había alcanzado su máxima expresión y se hacía difícil avanzar contra el viento. Las olas se alzaban monstruosas, incesantes y furiosas, como decididas a liberarse de las orillas que las mantenían sojuzgadas. Otto trepó a la última roca y, de cara al mar embravecido, tambaleándose con cada racha de viento y salpicado por las gigantescas explosiones de espuma, se puso a cantar a voz en cuello algo que, evidentemente, implicaba al Héroe desafiando a las fuerzas de la Naturaleza. No sin riesgo -y nervios

por mi parte - Elizabeth trepó a la roca para acompañar de cerca al imprecante.

Veronika se me acercó. Fumaba con gesto elegante -a saber cómo pudo encender aquel cigarrillo con aquel viento. “Wagner” me informó con un tono entre lánguido y no sé qué otra cosa. “El crepúsculo de los dioses” agregó. Y luego con una buena dosis de sarcasmo, dijo: “Creo”. Evidentemente aquello le parecía un poco ridículo. A mí, por el contrario, me emocionaba. Me confirmaba, a los gritos, por cierto, en mi convicción de que al casarme con Elizabeth desposaba también al denso nubarrón de tragedia nórdica que, hasta donde sé, envuelve a los pasados y presentes protagonismos de su familia en el Gran Drama Alemán.

Otto y Eli finalmente bajaron de su imponente pedestal y se fueron caminando enlazados, las cabezas muy juntas, por la playita al Oeste de la punta rocosa, hundiéndose en la gruesa arena a cada paso. Veronika, por su parte, caminó de regreso al auto. Y fíjense ahora lo que les voy a decir: sentí temor de volver también al auto y estar allí con ella ofreciéndole conversación, que es lo que indicaban, sin la menor duda, las más elementales reglas de la hospitalidad. No lo hice. Como un perfecto energúmeno o como un imbécil, me quedé ahí parado frente al mar, aguantando un Sur que a esta altura soplaba con la furia con que ustedes saben que puede llegar a soplar. Para disimular... ¡me puse a juntar caracoles! Imposible confesarle de una manera más clara el miedo que me daba. Si, miedo... miedo sexual para decirlo con todas las letras. La edad, por cierto, no nos hace más sabios, pero la muerte de las pasiones que implica nos permite ver algunas cosas más claramente. Mi reacción instintiva estaba dictada por un miedo sexual. Para ser breve: era miedo a ser violado. Es difícil de explicar, y de comprender. Nunca se me había ocurrido que un

hombre puede percibir a una mujer como alguien que puede atraparnos, violarnos, devorarnos y dejarle los restos a la pudrición y a los bichos carroñeros. Sin que pudiera explicitármelo en aquel momento, Veronika era para mí una bestia con hambre sexual, una depredadora sexual, y si le daba la oportunidad me devoraría... sexualmente, quiero decir, aunque no hubiera podido decir en qué forma. Y por eso rehuí estar a solas con ella y me quedé recogiendo caracolitos, incurriendo en mala educación y en ridículo en su máxima expresión. Pensándolo ahora, imagino que mi cobardía más que protegerme lo que hizo fue excitar su ferocidad.

Recuerdo que la noche anterior Eli me había contado que en la escala que hicieron en Rio, Veronika había sido depositaria de archivos médicos ultra-secretos, memorias de neurólogos que trabajaron en los campos de exterminio. Aquello debe de haber influido para que se exacerbara esa tarde mi temor hacia Veronika. O quizá recuerdo mal y Eli me contó esa historia después de que desaparecieron. O cuando viajaron a Buenos Aires. Recuerdo que Eli me contó que Otto y Veronika esperaban realizar muy importantes contactos en Argentina. Agachado hurgando en la arena me distraje, hasta que de pronto su sombra me cubrió. Sentí su cercanía como si una bestia silenciosa y letal se me acercara por la espalda. No podía fingir que no había notado su cercanía, cuando su sombra me cubría. Algo iba a tener que decir. Todo, algo, no sé qué era horriblemente evidente, chirriante. Me parecía que me leía el pensamiento. Pensé que ella sabía que me intimidaba y que se había acercado nuevamente para demostrarme que tenía razón en temerle. “¿Encontraste alguna buena concha?” preguntó, tuteándome por primera vez. Y por absurdo que pudiera parecerme, supe que lo dijo con toda intención, a sabiendas del slang sexual rioplatense. “¿Encontraste

alguna concha que tenga algo de particular?” insistió. A la luz de lo que habría de suceder, esta pregunta con todo y el tonito intimista y burlón, habría de resultarme, retrospectivamente, por demás significativa. Le mostré lo que tenía en la mano. Dejé caer sobre la gamuza de sus guantes las caparazones, comunes y corrientes, por cierto -por lo menos en nuestras costas. Las miró sin verlas mientras escogía las palabras fatales que diría a continuación, y que no dijo simplemente porque en ese momento reaparecieron Otto y Eli, sorprendentemente cerca y amoratados por el frío. “Ahora sí tengo abierto el apetito” declaró Otto. “En poco tiempo va a oscurecer. Necesitamos un trago de algo fuerte” dijo Veronika, y con un gesto displicente y deliberadamente notorio lanzó al mar la cosecha que le había confiado, diciéndome así que no se había tragado mi súbito interés por los restos petrificados de las criaturas marinas, y que tarde o temprano volvería a ocuparse de mi persona.

Más tarde, en el hotel, mientras nos bañábamos y nos vestíamos, consideré la posibilidad de comentarle a Elizabeth los hechos. Sólo que... ¿qué hechos? Sólo hubiera sido capaz de balbucear unas pocas tonteras, sin más resultado que introducir un elemento negativo en el momento de felicidad que estaba viviendo con su adorado hermanito. A la luz de los acontecimientos posteriores -me refiero a la desaparición de ambos- me congratulo de haber contribuido con mi silencio a la prístina belleza de ese último encuentro, belleza que, cristalizada como está en tu memoria, ya nada puede modificar, ni siquiera la posibilidad de que eventualmente llegues a conocer este relato, querida Eli. Por entonces ya había comenzado la decadencia del Argentino Hotel, que desde hacía años estaba en manos del Estado. Con las restricciones de Perón a la salida de turistas se empezaba a hablar de convertirlo en una gran colonia

de vacaciones para empleados públicos. Sin embargo, recuerdo que la cena nos pareció magnífica y que descorchamos varias botellas de vino blanco del Rhin.

Otto contó anécdotas gloriosas, Elizabeth canturreó canciones de su infancia, y Veronika y yo fuimos dignos compañeros de exaltaciones, avivando sus recuerdos con preguntas y comentarios comprensivos y cariñosos. Había poca gente en el salón comedor aquella noche invernal, y estaba toda instalada cerca de la gran estufa de leña. En medio de nuestra euforia una pareja de jóvenes, en sus treintas, como para manifestar su molestia dejó su cena a medias abandonando bruscamente el salón. Otto los miró irse con la mirada de quien expulsa a sus lacayos. Veronika captó el incidente, siguiendo la mirada de su marido, pero no le prestó más de un segundo de atención. Eli no se apercibió de nada. Seguramente Otto olvidó el incidente al instante, pero a mí me perturbó. Tanto es así que no olvidé jamás el rostro de aquel hombre delgado y ojeroso con el que volví a cruzarme -así es Montevideo- varias veces con el correr de los años. Es más, sin haber hecho, por supuesto, nada para averiguarlo, sé su nombre y dónde está ubicado su pequeño comercio de joyería que ahora atiende con su yerno. No hace mucho, repasando una vez más con Elizabeth aquellas días felices - que para ella han terminado en convertirse en una especie de tiempo fuera del tiempo, perfecto, intocable para las miserias del mundo- le comenté por primera vez ese incidente. Quedó muy impresionada, y después de un rato de silenciosa cavilación, me dijo: “Ese incidente, tan bien o mejor que cualquier otra teoría, podría explicar la desaparición de Otto y Veronika”.

Hubo coñac y tabacos hasta tarde en la penumbra de junto a la estufa a leña crepitante y resplandeciente, y hubo una conversación entre los hermanos que cada vez se hizo más íntima hasta alcanzar esencias incompatibles. Fui el primero en desertar, declarándome agotado. No me sorprendió que, cuando ya pasadas las diez de la mañana pedí que me subieran café y tostadas, hubiera en la bandeja un billete de Elizabeth anunciando que había salido temprano con Otto para un paseo por el pinar visible al Oeste del hotel, y que no regresarían antes de mediodía. Desayunado me bañé y me vestí, y me dediqué a garabatear borradores para la correspondencia comercial de la empresa, que tenía bastante atrasada. Ni me pasó por la mente el deber de buen anfitrión con Veronika, quien, supuse correctamente, no había tomado parte en el paseo matinal. Más bien que, como instintivamente, me atrincheré en la habitación. De hecho, ni siquiera pensé en ella hasta que un par de discretos pero firmes golpecitos en la puerta abortaron, en el momento más sutil, una delicada propuesta comercial. Tan abstraído estaba hilando fino que, en un primer momento, al levantar la cabeza ni supe dónde estaba. Para cuando los golpecitos se repitieron, más exigentes, estaba consciente de quién llamaba a la puerta y el lápiz se me cayó de entre los dedos, como si las Parcas hubieran venido a buscarme. En ese estado de espíritu fue que abrí la puerta.

La veo como si la tuviera ahora mismo delante: sweater de cashmir negro con la v del escote apuntando inocua entre sus pechos de nadadora, falda de tela escocesa, amplia, acampanada, cinturón y chatitas de charol negro, las manos en los bolsillos de la falda y el cabello, que llevaba corto, aún húmedo, y peinado hacia atrás. A mí podía asustarme, pero la verdad es que se veía bella y sensual. Hubiera sido difícil convencer

a alguien de que en realidad era dura y fría como la hoja de una navaja. “Por lo menos tú estás aquí” ronroneó amenazante comenzando con el juego del gato y el ratón.

“Pensé que había sido abandonada en este remoto rincón de las Antípodas. ¿Puedo pasar?”. Instintivamente me había quedado plantado en la puerta como decidido a impedirle el paso, pero tuve que ceder. Entró casi empujándose, y como en una acción de comando, inspeccionó rápidamente la sala, con mirada casi diría que entrenada. Su atención se detuvo, inevitablemente, allí mismo donde yo hubiera preferido que no se detuviera. Sobre la mesa de noche estaba el tomo de Freud sobre la teoría de la sexualidad femenina, en cuyos arcanos Eli pretendía penetrar desde hacía meses. “Ah, Freud...” dijo con tono claramente acusatorio. Me estaba pidiendo explicaciones, y, por supuesto, me rebelé y no le respondí. No tuvo más remedio que atenuar un poco la situación: “Yo también leí ese libro... el orgasmo emigrando del clítoris a la vagina cuando llega la hora del deber... Pamplinas”. Admiré su frialdad para quemar etapas: de golpe estábamos instalados en el nivel de la verbalización explícita. Me sudaron las manos, pero estaba decidido a no salir corriendo ni derrumbarme.

“Elizabeth es una mujer ordenada” comprobó, sin equivocarse, por cierto. “Debieras de ver el tiradero que es nuestra suite”. Se volvió hacia mí y me miró, con el mentón levantado en un gesto de autoridad casi caricaturesco. “¿Qué prefieres tú: una mujer ordenada o una desordenada?” preguntó, como si la respuesta no fuera de suyo. Si algo era más inaceptable que la pregunta en sí misma era el tono severo y exigente con que me la formulaba, como si fuera a recibir un castigo en caso de equivocar la respuesta. Esbocé mi sonrisa más caballerosa y le aseguré, zumbón: “Una mujer desordenada, por supuesto”, como si mostrarme obsequioso fuera a salvarme de algo.

Con todo pareció relajarse un poco, complacida. “Ah, perfecto” se limitó a decir. Sobre el secreter estaban mis papeles y el lápiz. “Pero usted estaba trabajando” dijo acercándose a la mesa para comprobar qué tipo de cosa garabateaba. (Veronika oscilaba entre el ustedeo, el tuteo y el voceo, así como entre el español formal y el rioplatense, intentaré imitar su habla tal y como me la dicta la memoria). “Ya no” le respondí. “Ahora estoy enteramente a su disposición, Veronika” le aseguré. Aunque asustado por la aceleración geométrica de la situación, vagamente mi estrategia era ponerme en plan seductor para generarle un rechazo que enfriara sus propias intenciones. Veronika me parecía que era el tipo de mujer ruda a la que le disgustan los burgueses pizpiretos. Me miró entrecerrando los ojos, insistentemente, como si calculara cuál era mi juego. Le sostuve la mirada, con una sonrisa bobalicona en los labios.

Se sentó en el sillón de junto a la ventana y entrelazó los dedos sobre el regazo. “Retrato del Demonio en tanto Dama Serena y Graciosa” hubiera yo escrito al pie de la postal. Se relamía de pura anticipación, como el gato que espera a que el ratón salga de su escondite. Algo iba a suceder, inevitablemente, porque Veronika era el tipo de mujer que no soporta estar en situaciones donde no sucedan cosas que le permitan ratificar su poder sobre los demás de la forma más descarnada. “En realidad” dictaminó, uniendo una mano con la otra, dedo por dedo, imitando a una araña sobre un espejo “sólo hay orgasmo clitorídeo, ya que es allí donde convergen las terminaciones nerviosas. Pero se puede alcanzarlo mediante la estimulación directa del clítoris, o mediante una estimulación indirecta, como la que se produce al actuar el pene en la vagina”. Y entonces agregó, a la vez que descruzaba las piernas: “¿Me

explico? Voy a hacerle una demostración práctica”. Por un momento pensé que iba a separar las piernas y a mostrarme en vivo las diferentes formas de la estimulación del clítoris. “Acérquese un poco” sugirió, tal y como la araña le dijo a la mosca. No pude sino imaginármela haciéndole este trabajito fino a algún adolescente desprevenido. “Esta mujer es un monstruo, pensé, una violadora, una perversa profesional”. Me parecía estar atrapado en un grotesco número de cabaret.

Me acerqué, haciéndole evidentes todas las marcas de mi cautela. Cosa que no creo que la haya inquietado en lo más mínimo. Cerró entonces la mano izquierda dejando sólo el índice extendido, señalando al techo. Con el pulgar y el índice de la otra mano, como en un pellizco, aprisionó piel en la base del índice erecto, y tironeó rítmicamente, con la consecuencia de que el índice se movió a un lado y a otro como diciendo que no. “Cuando el pene ocupa la vagina” explicó “la mucosa de la vulva adyacente al punto de penetración se tensa, y al entrar y salir el pene el tironeo que produce en la mucosa tiene el efecto de un masaje sobre el clítoris, aunque de hecho no se lo toque, así como yo, al tironear del dorso de mi mano, hago que se mueva mi dedo índice, aunque de hecho ni lo toque”. Pude haberle dicho que su explicación, y más aún su demostración, eran de una precisión académica y de una claridad meridiana, y quizá con eso hubiera podido terminar con aquella situación absurda y abyecta, pero intuí que no era eso lo que Veronika esperaba, y no me atreví a contradecirla. “Vera usted, Veronika” empecé, resignado “ni soy mujer ni soy un experto en anatomía femenina, como usted, ni soy tan don juan como para conocer con tanto detalle el objeto de mis deseos”. Mientras hablaba, capté el instante en el que su sonrisa ambigua se transformó en abiertamente lujuriosa. Estaba encantada,

porque estaba recibiendo exactamente las respuestas que quería, como si me hubiese adiestrado a latigazos para conseguirlo.

Se paró y con la flexibilidad de una bailarina -siempre he pensado que las faldas acampanadas esconden deliciosas piernas de bailarina- metió las manos debajo de la falda y se inclinó para, con fugaces pases de manos y flexiones de rodillas, quitarse la bombacha, que desapareció instantáneamente en su bolsillo. “Mmm...” hizo y sonrió tal y como sonríe una hiena. “Me parece que lo mejor va a ser que lo veas con tus propios ojos” dijo y volvió a sentarse en el sillón. Cubriéndose con la falda las rodillas, con una especie de pudor coqueto y caricaturesco, dijo: “Ven aquí, sentate en el piso delante mio”. Su expresión se había suavizado un poco, quizá porque pensaba que no encontraría resistencia alguna, quizá porque había comenzado a sentir el cosquilleo. En ese momento sonó un trueno lejano y gotas de agua golpetearon en el vidrio de la ventana. Me pareció la oportunidad para zafar. “Llueve. Otto y Eli van a regresar de inmediato” balbuceé, desocultando la comedieta obscena de Veronika. “¿Y qué?” ladró, intransigente “Es sólo una lección de anatomía”. Decretado, pues, el fin de mi resistencia reapareció su sonrisa torcida, seductora según ella, pero sobre todo inapelable. “¿O qué creías?” insistió, ya abiertamente lujuriosa. “Sentate aquí” ordenó como se le ordena a un perro, o a un esclavo. Y todo, tal y como aquí lo consigno, con un recio y rancio acento rioplatense.

Juro que nunca antes ni después volví a sentirme así, como si estuviera obligado a obedecerle so pena de... ¿de qué? ¿Acaso iba ella a denunciarme, a exponerme

públicamente, a destrozarme con las uñas y los dientes, a condenarme al oprobio, a los infiernos? Me senté en la alfombra a sus pies. Se remangó la falda y el viso, separó las rodillas y me mostró la vulva. No voy a decir que Veronika era la reencarnación de Venus, porque no soy ninguna autoridad en la materia, pero debo decir por lo menos que el rincón más secreto de su cuerpo era muy agradable de ver. Aunque no creo que “agradable” sea la palabra adecuada. Su vello púbico era escaso y muy rubio. Parecía como si una araña de la arena inusitadamente grande se hubiera emboscado en el lugar menos esperado. Soy un hombre fiel, no me interesa más dieta que la conyugal, de manera que ante tal desvergüenza mis manos sudaron, mis labios temblaron, se me apretaron los músculos de las nalgas, y lejos de sentirme estimulado como para lanzarme al ataque de la fortaleza escondida, quedé como pasmado, los ojos fijos en la araña inmóvil, esperando de la violadora nuevas instrucciones. Veronika terminó de asegurar el dobladillo de la falda en la cintura y luego aplicó un dedo índice a cada lado de los labios de la vulva. “Mira” susurró, como si fuera a mostrarme algo que dormía. Presionando con los índices y luego separándolos fue como descorriendo el telón de un pequeño teatro cuya escena interior era de un rosado tan pálido que casi parecía nacarado. “Es hermoso” me oí susurrar, sugestionado probablemente más por el ritual que por la cosa en sí. Me miró. Sonreía con una sonrisa como de drogada. “Sí, es hermoso” me confirmó, como si hablara del sexo de otra persona. “Mira ahora” dijo entonces con un hilito de voz. Sin dejar de presionar con los índices adelantó los dedos medios y con la habilidad de un cirujano terminó de separar completamente los pliegues interiores, rosados y somnolientos.

Así desplegada la vulva parecía un molusco de las profundidades abierto sobre una mesa de disección. Bello, misterioso, monstruoso. “Es el Templo interior” dijo con un temblor en la voz, como si ella misma se impresionara con la puesta en escena de su propia obscenidad. Me pregunté si más bien que de perversión no estaba aquejada de alguna forma de demencia sexual, si es que la hay. “Es el Templo interior en el cual va a hacer su aparición... mi Rey”. Yo por cierto que no veía más que las dos gargantas, la de los ríos dorados y la del misterio de la Vida. “¿Ves?” preguntó. “Veo” dije, mimetizándome por temor. Permanecía con los dos pares de dedos inmóviles, exponiendo delicadamente el interior de la fruta. “Mirá con atención” insistió. Evidentemente estaba loca. No había allí nada para mirar más que lo que estaba viendo. De pronto todo el tinglado nacarado, pese a estar firmemente sostenido por los cuatro dedos, se contrajo como si desde dentro le hubiera llegado la orden de replegarse. A la vez Veronika inspiró fuerte y ruidosamente por entre los dientes apretados y luego soltó una larga A diluida en puro aliento. No tengo otra manera de decirlo: disfrutaba del contacto de mi mirada en su vulva como si fuera una lengua. Otra vez volvió a contraerse la mucosa expuesta, y esta vez, al volver a relajarse, una gran lágrima, densa y apenas blanquecina brotó de la boquita superior y se deslizó suavemente hasta desaparecer dentro de la boquita inferior. “Uf...” hizo Veronika respirando hondo. “Continuemos con lo nuestro” dijo, inclinándose hacia adelante para mirarse el sexo abierto. “Ya se anunció, ahora va a comparecer” dijo, despejando cuanto pudo la zona más sensible. “¿Ves el clítoris?” susurró, como si de oírnos el minúsculo órgano fuera a asustarse y a negarse a comparecer. Me acerqué para mirar de más cerca. No me avergüenza confesar que para mí, como para la totalidad de los hombres, pienso, el clítoris es una entelequia, algo de lo que los expertos y las mujeres

hablan con autoridad pero que es invisible y sólo se lo conoce por los efectos que libera si se lo masajea adecuadamente, como la lámpara de Aladino. Nunca he visto un clítoris ni pienso pedirle a nadie que me lo muestre, sobre todo no a Eli. Como todos, hago como que sé qué es, dónde está, cómo luce, cómo se lo manipula y para qué sirve. Pero por darle gusto -o sea, por no contradecirla- me acerqué tanto que nuestras cabezas se chocaron como en un gag entre infantil y obsceno. Parecíamos dos críos en plan de cochinadas. “Y bien ¿lo ve o no?” insistió ya un poco impaciente. Yo no veía más que la seda rosada. “Se supone” declaré ambiguamente. Una sonrisa entre pícara y despectiva asomó a sus labios. “No lo ve ¿eh? Ni idea ¿verdad? Cuidado, no le vaya a morder un dedo”.

Es increíble la cantidad de recuerdos que tenemos archivados, ordenados de forma tal que si uno va tirando del piolín con cuidado y sin apuro -como yo, que no tengo en estas tardes de invierno otra cosa que hacer más que esperar el noticiero, tomando mate tras mate de una yerba tan suave que no sabe a nada, pero que por lo menos no me irrita el estómago-, va emergiendo una cantidad infernal de detalles, a punto tal que parece como si uno volviera a vivir lo vivido y hasta siente uno que podría corregir aquel momento, haciendo o diciendo lo que en aquel entonces ni hizo ni dijo. Digo esto porque al recordar aquella sonrisa pícara que Veronika me dedicó, con la cara tan cerca de la mía y tan bellamente iluminada por la luz ambarina que entraba por la ventana ya empapada por la lluvia, he recordado también que en ese momento temí que me besara, como si de hacerlo fuera a envenenarme con su saliva o a arrancarme un pedazo de cara con sus dientes, pero a la vez, en ese mismo momento de pánico fantaseé salvar la distancia y aplicar mis labios sobre los suyos, separarlos con la

lengua, encontrarlos dulces y dóciles, y beber de ellos hasta saciarme, seguro de que a partir de allí yo sería el que daría las órdenes y el circo empezaría a ser muy diferente.

“Tocá donde se juntan las ninfas” me ordenó. Ignorante de la anatomía vulvar puse el dedo, como quien toca timbre donde me pareció que algo se juntaba con algo. “Suave, torpe” siseó. “Justo debajo de la lengüita de piel que se forma donde se juntan las ninfas ¿siente como un granito, como una ampollita de piel apenas diferente?”. Me pareció que efectivamente había ubicado el detalle en cuestión. “¿Tan chiquito?” pregunté, genuinamente asombrado. “Crece” aseguró burlona. “¿Nunca lo viste crecer?”. No supe responder más que con una sonrisa medio idiota. “Pobre Elizabeth” mascullo. “Ponga juntos los dedos índice y medio. Así, como si fuera un revolver. Ahora insértelos, despacio”. Aquello era demente. Inaceptable. Veronika abriéndose la vulva con los dedos y yo insertándole los míos en la vagina era más de lo que podía soportar. Era de una obscenidad infantil. Veronika me parecía dividida por la cintura en dos personas: la de arriba, con la ayuda de su cómplice -yo-, estaba violando a la de abajo. Demente e indecente. ¿Hasta dónde quería llegar? Había algo vagamente criminal en aquello.

Quería huir, pero no me atrevía. Introduje en la boquita, abierta como en bostezo, los dos dedos, muy juntos y tiesos. El esbozo de un quejido escapó de su garganta, su pelvis se adelantó para recibir, y se abrió más, separando cuanto pudo las rodillas. El interior estaba húmedo, sedoso y cálido. “Más adentro” pidió entre dientes, sin quitar la mirada de la maniobra. Obedecí hasta que los otros dedos frenaron el avance. Por

un instante pensé que ella quería que allí dentro tocara algo, no sé qué, algo duro y aterrador. Así de desquiciado me tenía el jueguito de Veronika. “Ahora... observa” dijo, separando aún más los pares de dedos con los que se abría el sexo. “Observe cómo la mucosa alrededor del clítoris se pone tensa debido a la ocupación de la vagina”.

Observé inclinándome para ver de más cerca, mientras en sus entrañas mis dedos se desperezaron y empezaron a explorar a diestra y siniestra. “Ahora sáquelos”. Los saqué, y mis dedos reflejaron la luz líquida y ambarina, tan lubricados como los pistones del Lincoln. “¿Ve cómo la mucosa ahora se afloja?”. Por pura curiosidad clínica volví a meter y sacar los dedos. Veía, por cierto que veía y seguiría viendo, el problema era que a esta altura me estaba costando seguir sus razonamientos.

Jadeaba, y la lengua no me caía fuera de la boca porque se lo impedían los dientes, las gotas de sudor de la axila del brazo activo bajaban por mi flanco, costilla por costilla, hasta la cintura, y mi miembro, endurecido, levantaba sin esfuerzo la sarga del pantalón, con el mismo elemental orgullo con que el mástil sostiene a las velas hinchadas por el viento.

Como con la intención de observar el fenómeno con todo detalle, estaba yo metiendo y sacando los dedos larga y lentamente, inclinándome sobre el teatro de los acontecimientos a tal punto que, si me lo ordenaba, hubiera podido lamer la zona con solo sacar la lengua fuera de la boca. Tenía el granito ya apenas enrojecido, digamos que a una lengua de distancia de mi boca. “De esta manera, indirectamente, el clítoris recibe un masaje que tarde o temprano llevará al orgasmo. Es lo que Freud en su ignorancia llamaba orgasmo vaginal” seguía implacable y presuntamente magistral Veronika, aunque ya entrecortándosele por momentos el aliento. “Es más” dijo

respirando hondo “si seguís así...” y se cortó, ganada por un dulce jadeo. “Si seguís así...” repitió “vas a ver cómo mi Rey... empieza a ganar en estatura...”.

A esta altura de la lección de anatomía mis sesos eran algo entre el algodón y la estopa, y de haber intentado responder a la pregunta que entonces me hizo —“¿Querés ver cómo crece?”— muy poco más que baba hubiera salido de mi boca. Apreciando mi estado de atontamiento retuvo con energía las riendas de la situación. “Hazlo más fuerte” ordenó, y obedecí. Con lucidez afiebrada capté el conjunto de la situación: me vi excavando frenéticamente el hueco de la Veronika de abajo mientras la de arriba pelaba los dientes y los apretaba en un rictus enajenado y feroz. Se dejó caer contra la espalda del sillón, cerró los ojos y automáticamente se puso a proyectar la pelvis contra el pistoneo. Un ronroneo gutural y amenazador se le escapaba desde detrás de la garganta y se expandía en el silencio aterciopelado de la suite, apenas perturbado por el tamborileo de las rachas de lluvia contra el vidrio de la ventana. En algún momento el pistoneo empezó a sonar como a caucho mojado. Con la palma de la mano abierta, por sobre el pantalón, desde los huevos hasta la cabeza, me masajeaba yo el miembro, tan duro que me dolía. “Pero así, pensé, se acarician las mujeres”. ¡Mi mano izquierda abierta me masajeaba el miembro con una caricia lánguida, femenina! Juro en el nombre del dios que ustedes quieran invocar que jamás antes ni después de aquella mañana me toqué así, como se tocan las mujeres. ¡Mi mano no era mía, era una mano de mujer...! ¡Pero yo nunca he abrigado en mi pecho ni la más mínima sombra de femineidad!

Créanme que estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano, o por lo menos un esfuerzo por encima de mis fuerzas, para revivir y reproducir el conjunto y el detalle de aquella media hora -más no fue- que nunca olvidé, que siempre estuvo presente en cada momento de mi vida sexual desde entonces. Mi mano izquierda estaba inequívocamente acariciándome el miembro como se masturban las mujeres, con la mano bien abierta y con el dedo medio presionando y masajeando la veta secreta de inervación, exactamente allí donde, precisamente, no había un clítoris. Y esto sin dejar de excavar mi mano derecha en su hueco como si se tratara de algún tipo de gimnasia para endurecer los músculos de los dedos. Que el Diablo me lleve si ahora, décadas después, he llegado a entender aquella borrachera, aquella dualidad demente. Dejó de abrirse la vulva para chuparse los dedos como si soltaran un jugo delicioso. Todo a un ritmo infernal: su boca chupando, mi mano derecha hurgando y la izquierda haciéndome mujer. La danza frenética de los dedos se había desatado, y parecía poder continuar eternamente, como convertida en máquina. Tuve un segundo de pánico cuando me ganó la imaginación de la puerta abriéndose y los hermanos mirando, con los ojos muy abiertos, aquella cosa grotesca. Fue entonces que volví a mirar su sexo y vi la metamorfosis que estaba sucediendo. De entre los pliegues de piel y de entre el ralo vello dorado, a partir del granito en cuestión, emergía lentamente, pero a ojos vista, algo muy parecido -aunque la comparación no se me ocurrió entonces, estupefacto como estaba, sino después- al cuernito puntiagudo, rojizo, brillante como si fuera de plástico, que emerge a veces de entre el pelo del bajo vientre de un gato cuando se lame para lavarse. ¡Algo idéntico a la pijita de un minino!

De más está decir que la sorpresa me inmovilizó instantáneamente. Veronika reaccionó como si le hubiera asestado una cachetada. Volvió a abrirse la vulva y me miró con ojos desorbitados de científico loco. El cuernito parecía ya haber detenido su crecimiento y sobresalía... ¿cuánto?... ¿qué diré?... como unos dos centímetros... ¡dos centímetros! de entre los labios y el vello. “¿Ves ahora?” gruñó acusadora y triunfal con voz enronquecida. El pequeño obelisco rojo se erguía ante mis ojos, desafiante, en lo que me parecía, o en lo que parecía razonable, que fuera toda su medida. “Mírelo bien” ladró “porque esto, mi querido, es algo que no se ve todos los días”. Todas mis defensas psicológicas estaban desmanteladas ¡La diosa nórdica tenía un cuernito rojo entre las piernas! Me hubiera impactado menos si hubiera tenido la lengua bífida o pezuñas de cabra. Me alejé de su cuerpo, desalojé su vagina, como si su contacto fuera radioactivo. “¿Y sabés por qué tenés el privilegio de estar viéndolo?” preguntó, sin duda que divertida por mi pasmo. “Por tus manos. Muy pocos machos tienen dedos como los suyos” explicó, inesperadamente melosa. Mis dedos largos, delgados, delicados de piel, casi infantiles. Dedos absurdos que tantas veces me hicieron sentir avergonzado, al punto que hubo un tiempo, de muchacho, que estaba siempre de guantes. En ellos estaba concentrado el deseo de Veronika. “Voy a pedirte algo que nunca le pedí a nadie” siguió, dulcemente inexorable, soplando cada palabra directamente en mi cerebro, como por telepatía. “No...” balbuceé, francamente asustado, como una mujer que a punto de ser violada no quiere oír el detalle de lo que le van a hacer. “¡Maricón!” ladró, melosa sí, pero tan melosa como podría resultar un can infernal. Imaginé horrores: que quería que le extirpara con una navaja aquel apéndice recalcitrante, duro y brillante, como a punto de reventar. O que se lo extirpara de un mordiscón. Apelaría a mi compasión para que la librara de aquel

estigma que no se atrevía a exponer sobre la mesa de un quirófano. ¡Pero no...! No era eso... Era por mis dedos que me había elegido.

De pronto comprendí. Veronika me miraba fijo, jadeaba, parecía concentrada, como en trance, concentrada en lograr que el horrible apéndice continuara creciendo. No quería que se lo arrancara con los dientes. Quería que se lo masturbara. Y seguramente también que se lo chupara. “No...” repetí. Tenía que huir. Ya mismo. “Es muy chiquito” argumenté estúpidamente, aunque ella todavía no me había dicho qué quería de mí. “Crece más” aseguró, inapelable. “Veronika, este no es el tipo de cosas que a mí me... Yo no... Si fuera algo más...” Me daba lástima oírme. La primera de las Reglas de la Caballería dice que cuando se ha pasado determinado punto hay que seguir adelante, sea como sea. No se puede salir entonces con remilgos, morisquetas y zalamerías. “No me estarás diciendo que no ¿verdad? ¿A qué es que estás diciendo que no si yo no te pedí nada todavía?” preguntó simplemente, sin tonito, sin intención, sin énfasis, como volviendo en sí de una distracción. Bastó con eso. ¡Qué demonios! Sentí claramente que, si me negaba a algo, a lo que fuera, me entregaría a la Gestapo.

Me vio quebrado y volvió al tono infantilizador. “Vení aquí” dijo, deslizándose hacia la alfombra. Se acomodó, y me acomodó, con mano firme, de manera que quedamos tendidos uno junto al otro, pero invertidos, como si fuéramos a hacernos mutuamente objeto de gratificación oral. Tanteó mi sexo por sobre la tela del pantalón. “¿Qué pasó? ¿Nos estamos enfriando? Yo lo caliento otra vez” murmuró, más para sí que para mí, más como amenaza que como promesa, y con dedos hábiles y urgidos

desabrochó la portañuela, hizo a un lado la tela del calzoncillo y empuñó, si no una rigidez, por lo menos una disposición claramente favorable. Engulló su presa un par de veces, tan a fondo que sentí la brisa cálida de sus narinas soplándome sobre los huevos, y succionó tanto como para ahuecársele hasta el hueso las mejillas. Cuando volvió a exponerla al aire estaba tan dura como pueda estarlo. La sacudió con fuerza y gesto apreciativo varias veces. “Vos ya querés soltar lo tuyo ¿eh?” le dijo, con acento tan de acá como en un tango obsceno. “Pero yo te diré cuándo” dictaminó, volviendo al español de los manuales. Se volvió hacia mí: “Primero vos tenés que hacer tu parte”. Se acomodó boca arriba con los muslos separados y volvió a abrirse el sexo. La pequeña erección había desaparecido. “Otra vez con los dos dedos” ordenó, como si me pagara por ello. Obedecí sin chistar, apoyando un codo entre sus piernas y penetrándola otra vez. Cerró los ojos y gruñendo arremetió con la pelvis contra mis dedos. El cuernito, obediente también a sus mandatos, volvió a salir de su refugio. Rapidito volvió a alcanzar la anterior estatura, pero mostrando un rojo más espeso. Veronika soltó unas aes francamente agresivas. Me encendí. Discretamente, con solo el pulgar y el índice, delicada como una dama, mi mano izquierda se dispuso a masturbarme. Ella abrió los ojos al sentir el susurro de la piel y la sarga junto a su oído. “Dejá eso. Ya voy a ocuparme” ladró, tajante, y solté mi sexo como un adolescente pescado in fraganti. Estaba claro que ella tenía la palabra, que todo sería en todo detalle cuando y como ella quisiera.

“Dame más fuerte” exigió, y yo, para pistonear con verdadera saña, me semi-incorporé liberando al codo de la función de apoyo. Me respondió con un gruñido continuo saliéndole directamente desde la mitad del pecho. Macho como es uno, redoblé la

grosería pensando que llegaría el momento, cuando entrara en la zona del orgasmo, en que se abandonaría a lo que se me antojara, cerrando el pico. El monstruito seguía creciendo. ¿Cuánto medía ya? Cuatro centímetros quizá. “Ahora” ladró, volviendo en sí y apoyándose en ambos codos para ver mejor. “Masturbalo” ordenó, comenzando a revelarme sus designios, y la razón por la que mis dedos la sedujeron. Con total torpeza -como se podrán ustedes imaginar- intenté atrapar la verguita entre el pulgar y el índice. Sorbió un chijete de aire por entre los dientes en gesto de desagrado. “Tonto ¿no ve que es piel súper sensible como la de la cabeza de su pija?”. Tenía razón, por supuesto, la piel del cuernito tenía la misma consistencia delicadísima, fácil de rasgar y levemente adhesiva. “Mojate los dedos primero”. Me llevé los dedos a la boca. “Pero ¿es que no piensas nunca?” escupió. “Mójalos dentro mío”. Esbirro de sus mínimos caprichos recogí lubricante en la cuevita con el índice y lo compartí con la cara del pulgar. Volví entonces a aferrar el manguito y a recorrerlo de arriba abajo. Era raro: no había una capa de piel que con el movimiento de mis dedos se desplazara protegiendo al órgano, eran directamente mis pulpejos los que lo recorrían de cabo a rabo, era como masturbar directamente un glande desnudo... y largo. “Así” soltó, con muchas eses, finalmente satisfecha. “Masturba mi verguita ¡Más fuerte!” ronroneó, ingresando de lleno en la zona del éxtasis. Aquello seguía creciendo, y se robustecía, a punto tal que llegué a sentir que por dentro tenía un hueso. “Ahora suave, y después acelerando poco a poco porque estoy por acabar” dijo, otra vez dulcificada. Juro que, a esta altura, mirando el fenómeno con ojos como platos, no me hubiera sorprendido de ver abrirse en la punta del cuernito una boca de la que soltara un líquido.

Veronika volvió a apoyar la espalda sobre la alfombra, abandonándose al placer que mi torpeza le propinaba. Volteó la cara hacia mi verga. "Póngamela en la boca" pidió con voz como de estar orillando el éxtasis. Le había sobrevenido tal languidez, tal atontamiento como consecuencia del meneo a esta altura frenético que estaba propinándole a su retoño, que tuve que empujar el glande contra sus labios entreabiertos para que ingresara. Entonces se puso a mamar con más delicia que gula, como un bebé dormido. Sin que pueda decir por qué, porque nada pasó por mi mente en ese momento, sino que el impulso vino desde algún otro oscuro repliegue de mi ser para mí indiscernible, indescifrable e incomprensible, me incliné sobre el pubis de Veronika y atrapé con la boca el apéndice, que a esta altura ya vibraba como un epiléptico, todo retortijones y rigideces, o como un energúmeno enano y fuera de control, y me puse a chuparlo cabeceando suavemente, replicando con mi boca lo que estaba recibiendo de la suya. Su cuerpo comenzó a arquearse en la inminencia de la descarga. Recorriendo el cuernito con los labios comprendí que ya medía seis o siete centímetros, quizá ocho. Cuando acabó, soltando unos desmayados gemidos de placer, dejó de mamar, pero no soltó la verga, consciente, creo yo, de que ya se hinchaba para soltar el chorro. Mamó al sentir el derrame y tragó retorciéndose de placer, aunque no tanto como para arrancarme de la boca su maravilla, que comenzó a aplacarse, relajarse y ablandarse, así como mi verga vaciada se desinflaba en la boca inesperadamente mimosa de Veronika. Siguió mi lengua lamiendo el cuernito apaciguado y perdiendo la rigidez, y sus dientes mordisquearon, diría yo que amorosamente, la piel vuelta porosa de mi glande, que no dejó de entregarle un último goterón de semen.

.....

Hasta aquí llegaría mi relato. Le he dado un final simplificando y redondeando, un poco dulcificando, omitiendo vericuetos que me resultan por demás difíciles de expresar y embarazosos. Pero una vez puesto este punto no tan final, he pensado que sería lamentable haber hecho todo este esfuerzo para, por pereza mental o por pudor, dejarlo inacabado. He decidido, pues, seguir adelante con el relato en la medida de mis posibilidades, y he decidido que, puesto que para mañana mismo esperan ustedes contar con mi colaboración, dejaré en manos del doctor Carlos Colacaleschi, estimado amigo, que será quien reciba estos papeles, la decisión de aplicar la tijera donde le parezca adecuado.

Cuando Veronika comenzó a despeñarse orgasmo adentro, empujando con su cuernito dentro de mi boca, es decir, cogiéndome por la boca con su cuernito, experimenté una especie de empatía con la naturaleza de su deseo, cosa nada sorprendente puesto que era el mismo deseo que había yo experimentado siempre en mi vida sexual. Lo cierto es que entre lamida y chupada empecé a decirle cosas de las que, como varón de ley, me avergüenzo tanto como es posible avergonzarse, y que no voy a consignar aquí, pero que tuvieron un efecto volcánico en su placer, porque los balanceos de su pelvis se convirtieron en verdaderos topetazos duros, secos y crueles, topetazos de quien sabe dar con la verga el placer más brutal. Llegado el momento, un poco por razones de orden y simetría, no pude sino coronar cada estocada de su cuernito en mi boca precisamente con la vocal abierta que Veronika quería escuchar, y llegué a alucinar que el apéndice soltaba sus imposibles jugos en el fondo de mi garganta.

De pronto se separó, bruscamente, y se paró. “Bajate el pantalón y arrodíllate en el sillón” ladró, inapelable. Me paré. “No, Veronika, eso no...” le dije, terminante a mi vez. “No seas maricón” dijo con un tono apenas contenido de desprecio. “Esto es algo único. Algo que nunca más vas a conocer en tu vida” decía, perniabierta, masajeándose el órgano ya congestionado al rojo vivo, como un tipo que se soba para mantener la erección mientras convence a la mina de algo que ella no quiere hacer o que le hagan. “No” repetí. Pero ella captó algo en mi “No”, y se limitó a decir: “Sí”, y se acercó y me besó en los labios a la vez que puso mi mano sobre el cuernito. ¿Qué digo “cuernito”? Cuerno era a esta altura de las cosas. No tanto como una verga de hombre, pero sí como una verga de adolescente. Me chupó los labios y la lengua mientras me soltaba el cinturón y soltaba los botones de la portañuela. Después se separó y simplemente me miró a los ojos. Me taladró hasta el alma y me la reconfiguró. Me hizo actuar dócilmente en contra de mi voluntad. Así, en esas condiciones, fue que me bajé el pantalón y me arrodillé en el sillón.

Era algo horrible, nunca, ni en los tiempos de hacer cochinadas, de chiquilines, había hecho algo así, exponer las nalgas desnudas. Yo era joven, y deportista -por lo menos los domingos-, y bastante lampiño, de manera que mis nalgas, redondas y blancas no pudieron haberle disgustado. ¡Como si eso hubiera importado! Todo lo que ella quería era clavar su aberración, sentirla clavada y tenerme clavado. Hollarme, humillarme. Lo sé. Tal como ella leía en mí empezaba yo a leer en ella. Me dio una inmensa tristeza mi incapacidad para resistir. Las gotas de agua deslizándose por el vidrio de la ventana

eran las lágrimas que pugnaban por brotar de mis ojos. No sé con qué se lubricó, supongo que con sus jugos. Separó mis nalgas con manos firmes y fuertes, masculinas, y apoyando la punta del cuerno, me penetró. Casi no sentí dolor. No más que con un supositorio. Aquello era puntiagudo, de poco calibre y duro como un hueso. Penetró todo lo que pudo, hasta que sus rubios pendejos acariciaron mis nalgas. Me tomó de las caderas y se puso a cogerme con tanta energía que me parecía que una verga tremebunda me estaba enculando. Lloré sí, mis lágrimas mojaron el tapizado del sillón, pero no de dolor sino de impotencia, de no ser capaz de librarme de aquella atroz aberración, de aquel coito infernal. Me cogía con tan brusco desprecio como el que, detrás de unos arbustos, al anochecer, un patán puede emplear con su minita. Me da pena decirlo, pero me hago cargo de que si me lo hubiera hecho con un poco más de consideración me hubiera resultado más llevadero y hubiera comprendido mejor la naturaleza extraña, pero humana al fin, del deseo que la dominaba.

Entonces fue que lo horrible se desató. Lo que mi mente perturbada imaginó lo viví tal y como si fuera real. Otto y Eli abrieron la puerta y se encontraron con mi grotesco enculamiento a manos de la bella, genial, sublime Veronika. Otto sonrió de oreja a oreja -conocía sin duda alguna y por experiencia el deseo de su mujer-, pero Elizabeth no podía dar crédito a sus ojos. ¡Y lo peor fue que en vez de tratar de huir de aquella horrible situación me puse a culear con desvergonzada energía, como empecinado en sacar de la aberrante verguita ya no un chorro de semen sino una verdadera explosión de fuegos artificiales! No hubiera habido en sus rostros más sorpresa y maravilla si hubieran estado contemplando al Tercer Reich renaciendo de sus cenizas. Y hete aquí, volviendo a la realidad, que en medio de tal imaginación, cuando Veronika alcanzaba el

orgasmo rugiendo como si le estuvieran arrancando la planta de los pies, dándome su antinatural y absurdo apéndice por el culo con tal saña como si quisiera desfondármelo, cuando presa de la mayor urgencia mi columna de mercurio se lanzaba ya tallo arriba en busca de la zambullida final en el vacío, no sé qué cosa me vino a la cabeza como de tigre lastimado y arrancándome de la sumisión la empujé haciéndola caer sobre la alfombra atrapando con mi boca el cuernito y poniendo a disposición de la suya la cabeza de mi verga, a punto de explotar. Se lo chupé con tal avidez que no pudo sino explotar -en seco- en mi boca. Cuando gruñendo vencida se entregó al abandono la tomé del pelo y la obligué a aceptar otra vez mi verga en su boca. Solté el chorro de semen y Veronika entonces, reaccionando me clavó los dientes en la mitad del tallo, obligándome a padecer el dolor como placer y el placer como dolor. Traté de hacerle daño en la garganta, de soltarle lo que me quedara directamente en el esófago. Tuvo arcadas y zafó. Ya no me quedaba nada por acabar. Me tendí a su lado y le besé los labios. Me miró. Nos miramos como si acabáramos de asesinar a alguien. Entonces sí... entonces sí golpearon a la puerta. No respondimos, concentrados en recorrer hasta el final las playas del orgasmo. Tantearon la puerta. Gracias a Dios o al Diablo -vaya uno a saber- estaba cerrada con llave. Nos lamimos y nos chupamos las bocas. Le tanteé la vulva. A diferencia de mi verga, que desinflándose reptaba de regreso a arroparse, su retoño parecía disolverse en el aire, como un fantasma.

Hubo un momento, debo decirlo si quiero que este relato sea enteramente fidedigno, momento que duró unos cuantos segundos, mientras le daba con la punta de la verga en la garganta, entregada como estaba al orgasmo hasta la indefensión, momento que

duró hasta que me mordió el tallo devolviéndome a la realidad, en que, conscientemente y con toda la saña, estuve vengándome de la manera más elemental y primitiva, del terrorismo que empleó para seducirme, para violarme, debo decir, y, más allá de violarme, para retorcer y pervertir mi verdadera naturaleza. Hubo ese momento y hubo esa venganza, y yo creo que si no los hubiera habido, aquella mañana demente me hubiera hecho un daño tal que no he querido nunca ponerme a imaginarlo.

Seguramente que Otto y Eli estarían bajando a la recepción en busca de las llaves. Teníamos, pues, unos pocos minutos para rehacernos, salir de allí, bajar por la escalera lateral y fingir que también regresábamos de un paseo, un paseo por dentro del hotel, por supuesto, ya que Veronika no estaba vestida para la intemperie. Pero ¿cómo reponernos de inmediato? Veronika permanecía planchada sobre la alfombra, y parecía como indiferente, o ajena a la situación, aletargada diría. “Veronika...” susurré, pero no respondió. Me costaba creer que esta muñeca alemana tamaño natural, de piel y pelo y carne y hueso, que había tenido vencida y arrasada por el orgasmo hasta yacer desmadejada, vulnerable y entregada a cualquier tipo de represalia, exceso o venganza, me había intimidado al punto de arrastrarme contra mi voluntad a la locura que vivimos. “Veronika...” insistí, con un poco más de voz. Me miró sin verme y estoy seguro que, durante largos segundos, no supo ni dónde estaba ni con quién. Estaba claro que, para ella, poniendo en juego su fantasmática peculiaridad sexual, un polvo no era simplemente un polvo, era un verdadero terremoto. No menos lo había sido para mí, pero era urgente salir de la habitación. La ayudé a pararse, y su cuerpo me pareció liviano como una pluma y totalmente desprovisto de energía. Ya no me miraba

como si fuera transparente, sino más bien como si nunca me hubiera visto antes.

Evidentemente su plan era quedarse ahí parada, con la mano acariciándose la garganta y un rictus de desagrado en los labios, como si tuviera un pelo pegado en el paladar. La tomé de la mano y jalé de ella hacia la puerta. “Rápido, Veronika, que ya vuelven” la urgí, pero se soltó de un tirón. “Espere, tonto” masculló, quizá volviendo en sí y volviendo a ser la misma de antes. Fue hasta la cómoda, tomó la botella de Salus y se sirvió un gran vaso de agua, que bebió a grandes tragos. “Vamos ahora” dijo después de pasarse la lengua largamente por los labios.

No hubo instancia en la que estuviera a solas con Veronika antes de la partida. Ni busqué que la hubiera, por supuesto. Los Von Viereck – Blakenhof partieron al día siguiente hacia Buenos Aires en el hidroavión de CAUSA. “Es un Junker” comentó Otto como para sí, quizá sorprendido, al llegar al Puerto. “J-52” agregué yo. “Exacto” dijo sonriéndome en aprobación. En el momento de los besos y los abrazos, antes de que subieran a la lancha de embarque, sentí que la mano de Veronika se deslizaba dentro del bolsillo de mi sobretodo. Lo que me dejaba, a manera de souvenir sentimental, era la bombacha que le vi sacarse antes de que me violara.

UN ESPEJO EN EL BOSQUE

Tenía por entonces un caballo. Me lo cuidaban en una chacra a cambio de un dinero que me parecía razonable. Mínimo una vez por semana lo sacaba –o me sacaba- a pasear por los campos linderos, por demás extensos, incluyendo un denso bosque de pinos a cuyo extremo opuesto nunca pude llegar de tan lejano. A mi equino, ya lejos de sus años de potrillo, lo llamaba Caballo, y era el animal más manso imaginable. Como veremos, a su manera discernía, y era capaz de actuar en consecuencia. Dios lo tenga a su lado en el cielo de los caballos y le tenga en cuenta lo fiel y lo útil que fue conmigo.

Grandote y pesado, pelo rojizo pero melena y cola doradas, lindo caballo ha de haber sido en su juventud. Para su vergüenza, y no dudo que mediando circunstancias extrañas, fue caballo de tiro un rato largo en su vida. Inútil ya para esos menesteres – por antieconómico seguramente-, en algún momento fue reconvertido para monta. Monta de paseo, por supuesto, tranquila y segura. Cuando lo conocí tenía un aire de resignado, de entregado a su destino –me hizo pensar en el caballo de Turín, aunque

no tan hambriento ni exhausto. Se imaginaría ya, el pobre, quizá un espantoso destino en el matadero. Daban ganas de colgarse de su cuello para consolarlo.

Hasta que vine yo a curarlo de pesadillas. Durante sus años conmigo se pasaba el día masticando forraje tierno. El hijo del chacarero por un extra de pocos pesos lo cepillaba –le compré un cepillo suave para la cabeza- y lo sacaba a retozar y a tomar el aire en un pradito de junto al establo, cuidándose de guardarlo en cuanto bajaba el sol.

Me hice fotografiar montándolo, pero el pobre era tan poco fotogénico como su dueño. Nos vemos como un señor panzón y un poco pelado trepado sobre un caballo aburrido. Con todo, hay que decirlo, tonto no era: sólo volvía la cabezota cuando yo lo llamaba. La volvía inequívocamente, y se quedaba mirándome fijo con su gran ojo sentimental, como diciendo: sí señor, soy su caballo. No le hacían falta las palabras.

Nuestros paseos eran pasito a pasito. Podía inducirlo a un trote corto, aunque no sin protestas. Casi nunca a un trote largo, que por lo demás, se le acababa enseguida.

Galopar yo creo que nunca supo qué es, o se le había olvidado. A veces un perro de la chacra pretendía acompañarnos, pero Caballo no quería su compañía. Ladrador empedernido, el cuzco terminaba por irritarlo. Caballo sacudía entonces la cabeza, nervioso, y daba patadas en el piso, con lo que le advertía al cuzco que pusiera distancias.

Un día salimos a pasear, había llovido pero no mucho, el piso estaba blando, todo lo verde brillaba y el olor a frescura era embriagador. Ensayamos un trotecito de campeones hasta llegar al monte de pinos. En el silencio umbrío del bosque el aire estaba húmedo y fresco. Avanzamos al azar entre los pinos pateando arena y pinocha, sin rumbo, puesto que no hay senderos en este pinar muy poco transitado. De pronto

Caballo, que avanza a su albedrío, tuerce decididamente, como si hubiera visto algo que le llamó la atención. Avanzó un par de pasos más y luego se detuvo, desconcertado, y agitó la melena para llamarme la atención. Después dio unos pasos más y vi que detrás de un arbusto, entre dos pinos robustos que parecían custodiarlo, había un espejo. Un espejo de cuerpo entero, sólidamente apoyado sobre las cuatro patas de su base, y ancho como para que se pudiera apreciar completo un miriñaque.

No me hizo falta más cercanía para saber que era un espejo de estirpe, privilegiado, un espejo tremendo, de cámara imperial aunque no luciera en el marco escudo alguno, un espejo enorme, de roble, como ya no se los fabrica en nuestras democracias, un lujo que para nada necesitamos, que no cabe en nuestras vidas y que los que lo pueden pagar ni se lo imaginan. Nada tenemos los del común, ricos incluidos, que merezca reflejarse en un espejo semejante.

Impresionado, bajé de Caballo. Para bajarme sacaba los pies de los estribos, deslizaba la pierna derecha por encima de las crines y me deslizaba como por un tobogán, aterrizando como mejor podía. Era fácil. Lo difícil era trepar a su lomo sin la asistencia adecuada. Siempre fui urbano. Prefiero no explicar cómo llegué a tener a Caballo, y cómo llegó a serme a tal punto imprescindible como para no poder pasar una semana sin darle sus palmaditas en el cuello, hablarle al oído y escuchar lo que me contaba con su grande y húmeda mirada.

Sé que Caballo me consideraba la mejor vuelta de tuerca que el destino podría haberle deparado, y que le agradecía al dios de los caballos cada vez que, oyendo mi voz, comprobaba que sigo siendo su dueño. Estábamos hechos el uno para el otro, y por eso resopló nervioso al verme caminar hacia el tremebundo espejo. Avanzó a mis

espaldas, siguiéndome, decidido a morderme un hombro si fuera necesario para advertirme del peligro. Así, juntos, su cabezota asomando por sobre mi hombro, nos asomamos al espejo.

Y bien, sí, ahí estábamos, por duplicado, mirándonos como si nunca nos hubiéramos visto reflejados en un espejo –que hasta donde yo sé, juntos, nunca nos había sucedido. Pero no nos dio ni para disfrutar de la postal. El espejó habló. O algo en algún lugar habló y a nosotros nos dio la impresión de que era el espejo que nos hablaba.

-Quita a tu jumento de aquí –dijo el ente imperceptible, intolerante por demás-. No soy un espejo para borricos. Me reservo el derecho de admisión, y sólo admito animales humanos, o símiles auténticos.

No me sorprendió que el espejo hablara, todos sabemos –o estamos dispuestos a admitir, por las razones que sea- que eso puede llegar a suceder, y que, de hecho, sucede. Los espejos son bichos raros. Lo que me sorprendió fue que su voz sonara tan... diseminada, como si todo el bosque me hablara a la vez. Caballo se dio por aludido y retrocedió unos pasos, pero quedó atento y nervioso, dispuesto a intervenir para rescatarme de lo que fuera.

-Da una vuelta alrededor del espejo –me ordenó entonces la voz, tan sin centro ni matiz de identidad, que me pregunté si no sonaría sólo dentro de mi cabeza.

La vuelta al espejo era larga, debido a los robustos pinos centinelas. Nada había de notable detrás del espejo. El dorso estaba totalmente cubierto por una sólida lámina de madera. La voz me acompañó durante el paseo:

-Como habrás comprendido no soy cualquier espejo. Ni es por casualidad que te encontrás un espejo como este en medio de un mediocre bosque de pinos suburbano.

-Ahá –contesté, fingiendo indiferencia, decidido a quitarle un poco de soberbia al formidable mueble.

-En realidad estaba esperándote –soltó, haciéndose el misterioso precisamente cuando, terminado mi paseo, volvía a situarme frente a la vasta luna comprobando, para mi estupor, que mi imagen, mi duplicado, no comparecía.

Me asomé un poco al espejo por ver si mi imagen venía atrasada, pero nada. Estaba el espejo, y en el espejo el bosque, el mismo bosque seguramente, pero no mi imagen.

Me miré las manos, y la panza, y me miré los pies, temeroso de haber perdido no solo mi imagen especular, sino de ya no tener imagen alguna para reflejar. Pero no. De este lado sí estaba, sólo no estaba allí, dentro o del otro lado del espejo, como se quiera decir. Miré a Caballo, que levantó la cabezota y peló los dientes y me hizo con la cabezota gesto de vámonos de aquí.

-No temas –dijo la voz, burlona, infantil de tan oronda-. Desandando lo que caminaste alrededor mío recuperarás tu imagen.

Sin reflejar imagen me sentía blando como un invertebrado, insubstancial, líquido. De manera que, rapidito, di marcha atrás para volver a verme en el espejo, cosa que sucedió. Nunca me encontré tan guapo. Tan complacido quedé que creo que hasta Caballo se tranquilizó.

-Muy buen truco, muchas gracias. Listo. Nos vamos, Caballo –dije sin más trámite, dejando la dignidad inherente a la curiosidad para mejor ocasión.

Tomé las riendas y busqué en derredor algo que me pudiera servir como escalón para izarme a lomos. Nada. Una vez más pensé que tenía que entrenar a Caballo para que se arrodillara como un camello.

-No te quejes cuando te enteres de lo que te perdiste –dijo entonces la voz, tan cerca de mi oído que me di vuelta como para verle la cara.

Obviamente que ante semejante advertencia no pudo sino manifestárseme, finalmente, el bichito de la curiosidad. Viéndome dudar Caballo torcía el cogote tironeando de las riendas.

-¿Qué tenés que valga unos minutos de mi tiempo? –pregunté, afectando indiferencia, y hablándole al aire, como los locos, aunque apuntando más bien hacia el espejo.

-Vení, acercate –dijo, amistosa la voz, implicando seguramente que me acercara al espejo.

Solté las riendas y fui.

-Tenés que dar otra vez la vueltita alrededor. Dale. No te vas a arrepentir...

-¡Ufa! –hice, pero volví a rodear el espejo, ostentando desgano.

Otra vez enfrenté el espejo, no diré que vació, porque ahí estaba reflejado el bosque.

Pero ¿era el mismo bosque u otro parecido? No empecé a comparar. Di por bueno el reflejo porque me pareció captar un movimiento furtivo dentro del espejo, hacia la izquierda. Ya por entonces había empezado a asumir que la luna de este espejo era como una ventana abierta entre dos espacios idénticos y diversos, en uno de los cuales yo no estaba, y que por consiguiente lo que diera en comparecer en ella debería a la vez sorprenderme y no sorprenderme. De manera que:

-Hola... –llamé, amistoso.

Nada. Pensé que quizá el vidrio del espejo era demasiado grueso y por eso no se me oía. No sabía yo por entonces que los espejos mágicos, precisamente, y entre otras cosas, son los que tienen vidrio, pero a la vez no tienen.

-Hola –insistí con voz más fuerte-. ¿Me oye?

Nada. Quizá el habitante del espejo era muy tímido. Quién sabe lo que pensaría de los que viven fuera del espejo. Nada raro sería que hubiera conocido a alguno violento o maleducado.

Finalmente, no asustado pero alerta, muy lentamente alguien fue apareciendo del lado izquierdo de la luna. Media cara, un hombro, un brazo, una muchachita. La reconocí de inmediato, instantáneamente, y casi me desmayo por la sorpresa. Era Amanda. Los ojitos pícaros, la boca grande y dulce, el cerquillo casi hasta las cejas. Pero ¿cómo Amanda tal y como la conocí hace ya casi cincuenta años? ¿Será la hija, la nieta?

Amanda fue mi amor de infancia. Tenía un par de años menos que yo. Su belleza delicada e inocente debiera de haberse arruinado hace ya mucho tiempo. Pero no. Ahí estaba, fuera del tiempo y de las catástrofes de la edad. Era ella tal y cual era cuando su familia se cambió de barrio y dejé de verla, a los once años de su edad.

Como tranquilizada por mi evidente embeleso me dejó verla de cuerpo entero, menudita como siempre fue, vestía una especie de camisón o túnica, blanco y rústico. Descalza, sus piecitos pisaban la pinocha y la tierra arenosa. Era, extrañamente vestida e imposiblemente existente, Amanda, sin duda alguna.

Ahí estaba, etérea y espiritual como cuando me fascinaba en los primeros insomnios de mi despertar sexual. Pero ¿para qué podía yo querer esta contemplación alucinatoria en el espejo, mucho más precisa que el más intenso de mis recuerdos? ¿Para torturarme con la nostalgia de lo más puramente deseado pero nunca alcanzado y perdido para siempre? Mejor sería que la dulzura y la amargura del amor primero y nunca realizado más allá de las miradas, pérdida primigenia e inconsolable, siguiese durmiendo para siempre en el reino remoto del olvido.

-Amanda –balbuceé, y ella se acercó. Entonces pude ver en sus ojos un embeleso no menor que el que ella pudo ver en los míos.

Apenas lo dudé. Se me hizo inmediatamente evidente: ella no veía al cincuentón panzón y medio pelado, ella me veía tal y cual era cuando ya no pudimos vernos más. Tampoco sabía yo por entonces que lo peculiar de la magia de un espejo mágico es, digamos, que funciona de ida y vuelta.

-Eran tan pocas las posibilidades de que alguna vez te cruzaras con uno de los espejos mágicos... -dijo con su vocecita de niña bien educada y seriecita.

-¿Espejos mágicos? –repetí sin poder salir del pasmo que me provocaba ya no el contemplarla sino el estar hablando con ella-. No sé nada de eso. Mi caballo me trajo...

-Claro –dijo sonriendo, como si todo encajara-. Tu caballo es mágico.

-Eso te lo creo -coincidí.

Nos quedamos mirándonos, maravillados y desbordantes de ansiedad.

-Yo te veo como te vi... y vos me ves como me viste... -deduje trabajosamente.

-Exacto. Ni vos me ves como soy ahora ni yo te veo como sos ahora. Se llama magia de espejo, y es por única vez.

Sí, así hablaba ella ya a esa edad, muy señorita a sus once añitos, siempre juiciosa y cuidando las palabras.

-Esperé y esperé, pensé que nunca cruzarías frente a uno de los espejos, llegué a pensar que ya te habrías muerto...

Muerte era una palabra impensable en los labios puros e ingenuos de Amanda. No sabía qué decirle. No imaginaba yo que ella me amara tanto o más que yo a ella. Por el deseo de volver a verme había recurrido a los espejos mágicos. ¿Cómo? ¿A qué costo? Pero y ahora ¿qué? No éramos más que dos fantasmas frágiles como un sueño que se disolverían alcanzados por tan solo una gota de realidad.

-Vení –dijo tendiéndome una mano.

-Ir ¿cómo?

-No pensarás que llegamos a este punto sólo para volver a vernos las caras –rezongó sacándose el cerquillo de la frente con el gesto que tan bien le conociera y que tan bien había olvidado. Me sonrió con sus ojos pícaros y castaños y con su gran boca deliciosa y agregó-. Aunque sólo por eso hubiera valido la pena la espera ¿verdad? Dame la mano.

Tendí mi mano y cuando llegó a donde estaría el vidrio no es que este desapareció, sino que no estaba, no lo había, y nuestras manos por primera vez, por primerísima vez en nuestras vidas, se encontraron. Sentí que desde su mano fluía por todo mi ser una

ligereza y una lucidez que eran las de un muchacho todavía niño. Con un paso largo y cuidadoso, como para evitar un abismo, pasé al otro lado del espejo.

Era yo, sí, muchachito otra vez, con mi camiseta descolorida que usé años y años, y mis jeans negros y mis zapatillas coloradas, y ella, chiquilina deliciosa, pero con ese camisón como de reclusorio o de manicomio, acercándose a mí ahora, casi pegándose a mí mirándome a los ojos con una intensidad exasperada, como si esperara de mis ojos no se sabe qué evento decisivo.

-¿Te acordás que me mirabas todo el tiempo? –pregunta.

Claro que me acuerdo, todo el tiempo la miraba y cuanto más la miraba más la endiosaba, más la rodeaba de un aura de intocabilidad perfecta. Nada rompía el encantamiento, la miraba en vez de hablarle, tocarla, robarle un beso, hacerle cosas que la enojaran y la irritaran, como hacían los chicos de mi edad, hasta que se diera cuenta de que estaba tan flechada conmigo como yo lo estaba con ella, cosa que en realidad no necesitaba demostración, porque ¿quién no se enamora de una mirada que endiosa como la mía la endiosaba?

Su boca, que ahora casi rozaba la mía, su boca era el punctum de mi delirio, de su boca esperaba yo todas las delicias del amor. ¿Qué delicias? Que me hablara, que se me ofreciera para el beso. Porque, vírgenes como éramos de cuerpo y de alma, no pasaban por nuestra imaginación las habilidades que después aprendimos a desear, esperar y exigir de las bocas amorosas que se nos ofrecieran.

De pronto sentí como agarrotada la garganta y me costó tragar saliva. ¿Para qué este reencuentro propiamente mágico? ¿Para reeditar el casto enamoramiento que tuvimos de chiquilines o para darnos por fin lo que la vida no quiso que nos diéramos, y que

terminamos por darle a otros que nunca pudieron compensarnos por lo que habíamos perdido? Darnos por fin el uno al otro, unirnos por fin en la sagrada cópula, sólo para eso tenía sentido este reencuentro. ¡Lamer la sagrada concha, dar a mamar la sagrada verga, bañar con el sagrado semen la sagrada entraña...! Una ventanita se había abierto en la irreversibilidad del tiempo para que se cumpliera lo que estaba escrito y que la torpeza del mundo impidió que se cumpliera.

-Yo esperaba que dejaras de sólo mirarme, que abrieras la boca, que tomaras posesión de mí que ya era tuya. Todo el resto del día quedaba prisionera de tu mirada.

Una luz inesperada iluminaba los momentos que habíamos compartido y me hacía verlos como realmente habían sido.

-¿Por qué en el ómnibus que nos llevaba, a mí ya al liceo pero a vos todavía a la escuela, siempre estaba libre el asiento a tu lado?

-Porque yo lo reservaba para vos poniendo mi cartera.

Aunque el ómnibus viniera vacío a esas horas tan tempranas, ella reservaba para mí el lugar a su lado. Y aunque el ómnibus estuviera vacío yo subía y me sentaba a su lado como si fuéramos novios. Y nunca nos dijimos ni siquiera “hola”, como si tuviéramos temor de romper el encantamiento, de que si hablábamos se desvaneciera lo sagrado.

-Decime que se rozaban nuestras rodillas, nuestras manos... -exigí, seguro de que no había sido así.

-No, no nos rozábamos. Aunque yo me hubiera dado a lo que vos quisieras. Tenía once años, todavía no había menstruado, pero estaba dispuesta a ser mujer, para vos.

-Y después desapareciste. Ya no estabas. Quedé anonadado. Lloraba todas las noches.

Me sentía enfermo. Mi madre me llevó al médico.

-Fue por la muerte de mi padre, tuvimos que mudarnos, mi madre tuvo que mandarme a la escuela pública.

-Quedé esperándote. Cada mañana esperaba que estuvieras en el ómnibus. Aún hoy al subir a un ómnibus miro a todos los pasajeros antes de sentarme.

-Cuando tuve la edad para hacerlo te busqué por todas partes, pero no sabía ni tu nombre. Muchos años después, ya desesperada, deprimida crónica, supe de los espejos mágicos. Una ilusión, algo casi imposible... Y aunque haya sucedido no es una marcha atrás en el tiempo. Es sólo por unos minutos... Pero, dure lo que dure, será suficiente para mí si me abrazás...

-Sí, lo suficiente para ser a la vez aquellos que fuimos y estos que somos. De una vez cerrar el abismo, ser de una vez... para siempre.

-Intactos... vírgenes...

-Pero también corrompidos por la avaricia y la mezquindad del mundo y de la vida.

-No. Curados, salvados de la mediocridad de una vida que no era la nuestra, la que nos estaba deparada, pero que igual tuvimos que vivirla.

-Angelizados al fin, poseyéndonos en tanto seres de luz que éramos y que estábamos destinados a ser.

Amanda tomó del borde inferior el camisón, vestido o lo que fuera y tironeando con rapidez se lo sacó por la cabeza. Puesto que no llevaba más ropa debajo, quedó

desnuda. Desnuda en medio del bosque. Menuda y frágil con sus tetitas apenas despuntando y su pubis lampiño. ¿Consumar ahora aquí aquel amor doloroso y eterno, curarme para siempre de aquel amor de adoración consumándolo en la carne? ¿Tomar ahora, ya tan tarde, en una pantomima fantasmática, lo que en estado de total pureza era para mí y sólo para mí y que no supe tomar? ¿Esta consumación más allá del tiempo nos salvará de la vulgaridad, de la irremediable mediocridad de nuestras vidas? Me mareaba a la vez ser aquel que soy y éste que fui, y me mareaba sentirme a la vez dentro y fuera del tiempo, y me mareaba la inocente desnudez de Amanda. Era como estar soñando.

En todos estos años sólo dos veces soñé con Amanda. Una vez el sueño fue horrible, la otra vez fue horroroso. En uno –no recuerdo el orden- yo era sólo testigo, una mirada sin edad, y Amanda, esta Amanda niña, estaba desnuda y me mostraba su sexo, apenas una hendidura en la piel. Ella lo abría separando los labios con ambas manos, y en la rosada mucosa, en lugar de lo que debía haber, había una cremallera de metal, un cierre, pequeño como el de un monedero de vieja. En el otro sueño yo tenía mi edad real –estaba en la treintena- pero Amanda seguía siendo la niña. Yo tenía una verga larguísima que se retorció como una serpiente, le desnudaba el glande y de la boquita salía una lengua bífida. Amanda estaba vestida con el uniforme marrón de la escuela, pero separaba las piernas y me mostraba que debajo estaba desnuda. Mi verga tironeaba de mí para acercarme a ella, y en cuanto pudo se deslizó dentro del vientre de Amanda. Larga como era siguió introduciéndose hasta que, completamente enroscada sobre sí misma, quedó allí alojada. Yo veía su silueta, como un bajorrelieve en la delicada piel del vientre de Amanda.

Amanda extendió el camisón en el piso y se acostó encima. Separó un poco los muslos para mostrarme la vulva, cerrada como una boca sin labios, apenas un pliegue en la piel, como una herida desde hace mucho cicatrizada. Bajé el cierre del jean y saqué mi verguita preadolescente completamente empinada. Nos miramos como niños viejos, que lo han visto todo pero no han visto nada. Amanda separó más los muslos y su vulva se abrió como una flor carnosa. Me tendió las manos, pero yo no podía dar el paso, arrodillarme entre sus piernas y clavarme en ella por más que la verga me vibrara como a punto de acabarse sola.

-Decime algo -le pedí.

-Vení. Cogeme. Ya no puedo esperar más –pronunció, y su voz de niña, cargada con tales palabras sonó, de tan obscena, al borde de lo demoníaco.

Los ojitos pícaros, la boca dulce, los dedos de ambas manos abriendo la vulva, tanto que, abriéndose la boquita pude ver, intacta, la membrana de la virginidad.

-¿Qué te pasa? ¿Tenés miedo de que finalmente seamos marido y mujer? –preguntó no tan inocente como sabía.

-Sos virgen –dije con mi voz infantil de viejo miedoso.

-¿Qué esperabas? ¿Qué hubiera tenido un amante a los once años? Soy toda virgen - declaró, y se abrió más para que le viera el culito-. Toda. Mis manos son vírgenes y mi boca es virgen. Vení, teneme toda y como quieras. ¿No ves que el tiempo de este milagrito se va escurriendo y que no va a haber otra oportunidad nunca más, en toda la eternidad?

A medida que hablaba más me parecía una muñeca de ventrílocuo, como si alguien, desde detrás de una máscara, se esforzara por ensuciar mis recuerdos más puros. Y sin embargo no habría fuerza en el mundo que me impidiera tomar lo que me ofrecía, todo lo que me ofrecía. Como un lobo la devoraría, y me sobraría lefa para llenarle todos los orificios y para bañarle la cara y las tetas incipientes y el vientre, los muslos y hasta los pies.

-Mirame bien –dijo abriéndose más la concha-, mis mucosas rosadas, claritas, brillantes, sin uso, sin callo. Ni siquiera me hacía la paja todavía. ¿Querés hacerme una pajita para empezar?

No podía soportar a la niña vieja o a la vieja niña, pero tenía la verga hinchada, a punto de explotar.

-Hablame con tu voz de entonces –balbuceé.

Tomé mi verga y empecé a menearla, despacito. La carita se le llenó de encantamiento.

-¿Vos sí te la hacías? –dijo con su voz de niña, tal y cual.

-Apenas empezaba -confieso, sintonizando con ella.

-Mostrame –exigió.

Cerré los ojos, meneé más fuerte, jadeé, a punto de explotar. Abrí los ojos.

-¿Ves? –dije con un hilo de voz.

Se sentó para ver de más cerca. Exploté y el chorro de lefa blanca y olorosa le cayó encima, en la cara y en el pelo. Otro chorro le dio en el pecho. Con los ojos y la boca abiertos me miraba sorprendida, sin palabras, jadeando.

-¿Y yo, qué tengo que hacer? –preguntó.

-Tocate.

Volvió a recostarse, abrió las piernas y se cubrió la vulva con la mano.

-Frotate ahí donde sentís más –dije.

Buscó el punto con las yemas de los dedos. Cerró los ojos y de su garganta se escapó un hálito de puro placer, como si nunca hubiera sentido lo que ahora sentía. Vi que tenía la verga erecta como si no hubiera acabado. Comprendí que así estaría hasta que, ítem por ítem, todo lo que sabíamos que la voluptuosidad puede exigir, quedara consumado. A menos que el mundo estallara en mil pedazos... que fue precisamente lo que sucedió.

-No puedo seguir. Parece que se me fuera el alma –dijo Amanda sin que sus dedos dejaran de frotar, cada vez más hábiles.

Me bajé el pantalón y me arrodillé entre sus muslos, se los levanté para embocar la cabeza de la verga en el orificio obturado. Me miró, jadeando.

-Sí, dámelo –dijo como derritiéndose.

De un solo puntazo atravesé la entrada y seguí de largo hasta el fondo. La garganta de Amanda exhaló el canto del cisne de su virginidad. ¿Cómo hubiera sido esto si ella no se hubiera ido del barrio y tarde o temprano hubiéramos llegado a ser novios? Eso me

pregunté al sentirme alojado en la suavidad de su conchita. ¿En la casa de quién?
¿Apurados, a las escondidas? ¿O entre las dunas, en la playa, a la intemperie como
nosotros ahora?

La cogí despacito hasta que los suspiros de dolor desaparecieron y Amanda, aquella
Amanda, mi amor de infancia, empezó a experimentar realmente estar siendo cogida,
no tanto como para devolver la cogida, pero experimentando el deseo de abrirse más
y más. Hasta que se estremeció, puso los ojos en blanco, luego los cerró y soltó su
garganta una melopea que por lo menos a Caballo, que era la única vida que había
alrededor del espejo, debe de haberlo inquietado, porque por primera vez lo oí
propiamente relinchar, como llamándome.

-Voy a acabar dentro de ti –anuncié cuando ya era incontenible.

-Hacelo, preñame –suspiró Amanda, completamente acabada.

-Pariremos ángeles, o fantasmas, o más seguramente un niño viejo –gruñí
enloquecido, soltándome tan en el fondo como pude y tanto como pude, hasta que la
lefa rebalsaba y resbalaba canal abajo hacia su culito. Ahora le voy a romper el culito,
pensaba mientras acababa más y más.

-Ahora abrime el culito –pidió con su voz de niñita otra vez tomada por deseos
espurios, deseos que no tendría que haber conocido sin mí.

Le levanté más los muslos y el nudito rosado resplandeció. La lefa ya lo había
alcanzado.

-Abrilo –dije niño como ella y como ella espurio y vicioso.

-¿Cómo?

-Con un dedo.

Deslizó entre sus piernas una mano, apoyó el dedo medio y lo hundió con facilidad.

-Todo –dije y lo hundió cuanto pudo.

Cuando lo retiró la boquita rosada, vencida su virginidad, quedó abierta en O.

-No creo que podamos –calculé.

-En este tiempo fuera del tiempo todo nos está permitido, todo es posible –me aseguró, suspirando mientras su mano se detenía sobre el pubis y el dedo abyecto retomaba la excitación del punto sensible.

-Sí –pensé dándome ánimo-, no estaríamos aquí, concibiendo este deseo, si no fuera posible realizarlo.

Quizá con mi verga gorda y pesada de cincuentón no hubiera podido ser posible, menos aún con la nudosa como roble de mi juventud, pero mi verguita de preadolescente atravesó el nudo, lubricado con lefa, y penetró hasta que no quedó fuera ni un solo milímetro.

-Amanda... –suspiré-. ¿Te duele?

-Nada. Es divina. Llename de leche –pidió, pajeándose con una habilidad que, comprendí no sin disgusto, no conocía a los once añitos.

Le di por el culo hasta que sentí que una nueva descarga se me agolpaba ya en el tallo de la verga. Amanda gozaba por el culo y por la paja, ondulando y retorciéndose como una serpiente. Es un monstruo, pensé. Somos monstruos. Con la otra mano se untaba y expandía los goterones que le había dejado sobre la piel, y que, de tan espesos, ni le

goteaban. Se untó con semen el pelo, el cerquillo tan amado. Somos monstruos, viejos viciosos, abusando de nuestros cuerpos vírgenes, pensé. ¡Imposible! Es la abyección suprema. ¿Qué mente puede haber permitido que esto sea posible? ¿Lo hizo por compasión hacia nuestro amor de adoración perdido? ¿O lo hizo por puro morbo?

-Acabá de una vez que me muero por chupártela –exigió grosera hasta la obscenidad.

Sí, mi dulce Amanda se regodeaba en sus propias palabras obscenas. No pude más y le acabé lo más hondo que pude. Acabé chorros de caballo, de burro, chorros de fuego blanco como para llenarle los intestinos y reventarle en el cerebro. Amanda gritó con un grito enloquecido, de orgasmo de culo y orgasmo de paja sumados. Caballo le respondió puntualmente.

-Tu bestia entiende de qué se trata –susurró Amanda estremeciéndose en las postrimerías del orgasmo-. Me extrañaría que no tuviera la verga chorreando.

Me miró y su gran boca, dulce pero a la vez feroz y voraz, me sonreía plenamente como sonríe alguien que se siente finalmente libre, la niña de la vieja y la vieja de la niña.

-La eternidad que la mezquindad de Dios y su mundo nos negaron se ha consumado gracias a la generosidad del Demonio –dijo entonces, palabra por palabra como quien recita una fórmula mágica-. Y ahora sacámela del culo que voy a chupártela hasta que los huevos te queden secos como nueces.

Pero de pronto el mundo estalló en mil pedazos. Como lanzado por una onda expansiva salí volando a través del marco del espejo, haciendo añicos a mi paso el inexistente vidrio, y yendo a caer a metros de distancia, rebotando mi nuca contra el

piso, por suerte arenoso. Otro estallido consiguió abrirme los ojos. Era Caballo que golpeaba el espejo mágico con unas coces tremendas. Frenético golpeó una y otra vez hasta que estuvo toda la luna hecha añicos.

-¡Caballo! –grité.

Cesó el ataque, torció el cogote para mirarme, y cuando vio que estaba sentado en la arena se tranquilizó. Se acercó despacito, cabizbajo como no sabiendo si esperar un premio o un castigo. No sin esfuerzo conseguí ponerme en pie. El miembro, pellejado y pesado, me asomaba por la bragueta. Me acomodé la ropa. Los oídos me zumbaban y tenía náuseas. Me agarré de las riendas de Caballo para no caerme. Entonces el bicho me demostró, a la vez, lo bien educado que estaba y lo ladino que era. Se arrodilló, propiamente como un camello, y no sólo con las delanteras sino con las cuatro patas, de manera que me resultara fácil montarlo. Anochecía cuando regresamos a la chacra. Tan derrengado como molido a palos regresaba, como el Quijote regresaba a menudo a su casa solariega. No sabía yo si con su demencia protectora Caballo había evitado que se realizara mi sueño máspreciado o si me había salvado de que el Demonio me marcara con el más brutal de sus estigmas.

Después de una noche de buen sueño, de una ducha caliente y de un opíparo desayuno decidí que nada de lo que aquí narro podía haber sido realidad. En otras palabras, que por más que lo hubiera vivido intensamente, no veía -ni veo- posibilidad alguna de que haya sido realidad, ni de que como tal realidad alguien esté dispuesto a tragarse el cuento. Mejor pensar que fue un sueño, a medias un buen sueño y a medias una pesadilla. Por lo demás ¿algo ha cambiado en mi vida? Nada. Si lo que he narrado hubiera sido realidad habría tenido algún tipo de consecuencias aparte del

dolor en la cintura que tardó días en remitir. Y Amanda sigue siendo en mí tan solo un recuerdo dulzón siempre a punto –y cada vez más cerca- del olvido definitivo.

Debo decir que, no obstante, volví a lomos de Caballo al bosque, en busca de alguna prueba definitiva, o sea, de los restos del espejo. Por más que nos agotamos dando vueltas no pudimos encontrarlos. Sin senderos un bosque es un laberinto. A menos que Caballo supiera muy bien donde estaban los restos y se encargara de eludirlos sistemáticamente. Que Dios lo tenga en el cielo de los animales. Por mi parte me siento feliz por haber disfrutado de lo fiel y útil que podía llegar a ser Caballo si se lo dejaba actuar según su propio discernimiento.

EL NÚMERO PERFECTO

Lo nuestro era como lo de Turgueniev con los Viardot, con estas diferencias: que Mariana no era “fea como un batracio” –cosa que se dijo de Paulina-, y que Adrián no sólo me toleraba amistosamente, sino que fuimos elaborando una amistad basada en intereses literarios en común. Yo tenía treinta años cuando los conocí, ellos tenían, ambos, un año más que yo, o dos, y llevaban seis años de casados.

Como Turgueniev con los Viardot, íbamos juntos a todas partes: a bolichear, de librerías, de vacaciones de verano o de invierno, o a Buenos Aires a ver teatro, exposiciones, o a la Feria del Libro. A ningún lugar se nos ocurría ir si no íbamos juntos los tres. Por naturaleza ninguno era expresivo en público, pero cualquier observador más o menos sagaz hubiera podido adivinar el tenor de nuestra relación a partir de ciertos roces, gestos, sonrisas... en fin, miradas y silencios. Con un poco más de sagacidad era posible captar formalidades innecesarias entre amigos, pero que son un ingrediente indispensable para un triángulo discreto, armonioso y bien equilibrado.

Mariana dosificaba cuidadosamente los ratos que le concedía a la intimidad conmigo, tratando de que no coincidieran con ciertas hipersensibilidades de Adrián, cuyos síntomas sólo ella era capaz de detectar al cabo de años de vivir juntos. No dudo que,

cuánto más espléndido hubiera sido el rato de amor conmigo, más se esforzaría por compensar luego a Adrián –revelándole así, indirectamente, que acababa de ceder a mis urgencias amorosas.

Adrián, no tengo dudas al respecto, no sufría por nuestros encuentros. Mariana, de todas maneras, fuera porque no le desagradaba sentir un poco de culpa, o porque, como toda mujer, gustaba sentirse celosamente custodiada, era muy cuidadosa en la selección del momento para nosotros, y no faltó la ocasión en que me dejó esperándola, consumido en mi propio fuego, o en que, sumándose los días sin venir a mi apartamento, me compensaba furtivamente en su propia casa, con los dedos o con la boca.

Sólo me permitía proporcionarle un orgasmo en cada encuentro, temerosa de que la mirada suspicaz de Adrián –muy buen observador, por cierto- captara las huellas del exceso. Entiéndaseme, no era que Mariana pretendiera que Adrián no sabía que formábamos un triángulo, tal cosa hubiera sido absurda –en su presencia nos tomábamos a veces de la mano, o nos despedíamos con un fugaz beso en los labios-, pero sí pretendía -inconscientemente, estoy seguro- que, de tan discreto y prolijo, todo sucediera como si no sucediera nada.

En lo que me concierne, me conformaba con lo que me tocara en aquel equilibrio delicado pero estable en que vivíamos. ¿Qué digo que me conformaba? Aquello era para mí, insuperablemente, el Paraíso en la Tierra: amaba a Mariana, pero sabía, porque ella misma me lo dijo con total claridad desde el comienzo, que jamás dejaría a Adrián. Tenía, pues, todo lo que podía tener, y lo tenía en abundancia, como para no quejarme. No me molestaba en pensar que dormían cada noche en la misma cama –

desde el comienzo Mariana me dejó en claro que no habría noche en que ella y yo durmiéramos juntos-, y que él, a su antojo se cobraría el débito conyugal, con intereses, cada vez que recordara que su mujer venía de coger conmigo. Estaba seguro, también sin molestarme en pensarlo, que Mariana gozaba tanto con él como conmigo. ¿Qué más quiere una mujer que dos hombres que estén siempre dispuestos a rendirle tributo con la mayor de las ternuras? Tres hombres, se me dirá. No para Mariana. Para ella con lo perfeccionista que era en materia de discreción y precauciones, dos era el número perfecto.

Así funcionamos durante todo un año, felices y contentos. Se dice fácil, pero es bastante tiempo para que algo tan delicado funcione sin roce ni desgaste. Para mí Mariana era la belleza personificada: blanca y ligera como una nube, perfectamente esbelta, nada en falta y nada en demasía. Su vulva era de una tan delicada pureza de rasgos que parecía virginal, y no una vulva trajinada por los ardores insaciables de dos adoradores. El tiempo me explicaría por qué tan intacta me parecía. Mía era la más hermosa y a ningún rival debía temer: Mariana tenía un esposo y un amante que la adoraban ¿qué más podía necesitar?

.....

Sucedió una noche de verano de esas que uno califica de “perfecta”, con el cielo saturado de estrellas y una brisa fresca aliviando del mormazo de durante el día. Adrián y yo nos quedamos hasta tarde en el jardín bebiendo cerveza. Compareció Mariana en shorts y camiseta, y en el mood bebota sensual que a veces se permitía impúdicamente presentarnos.

-La nena quiere su beso porque ya se va a dormir –anunció.

A menudo andaba así Mariana en su casa: con unos shorts cortitos pero amplios, de fácil acceso a la entrepierna, y con una camiseta livianita, sin sutién. Le encantaba tenernos de espectadores para su show de caliente pijas. Alguna vez ese verano, no estando Adrián en casa, pese a la prohibición estricta de coger en su casa, la muy pícara, aprovechando las facilidades que ofrecían sus shorts, se había allanado a apaciguarme concediéndome un quicky. Cada vez había encontrado que tenía la concha empapada. Como consecuencia, cada vez que la veía en esa escueta indumentaria, yo tenía una erección.

Adrián le abrió los brazos y ella se inclinó sobre él para el beso. La grupa de Mariana estaba al alcance de mi mano y, ligero de espíritu como estaba por causa de la bebida, a punto estuve de deslizar mis dedos por la entrepierna del short en busca de sus humedades: con el numerito erótico-infantil que nos había presentado, no podía sino estar ella misma caliente. Me contuve. Mi objetivo había sido, de todas maneras, ocupado por la manota de Adrián, que más que la entrepierna se entretenía en sobarle las nalgas. Mariana disfrutaba la caricia soltando maulliditos de placer.

-No te da vergüenza ¿eh? –protestó divertido Adrián.

-No, no me da vergüenza –declaró dulcemente desafiante Mariana, irguiéndose y apartándose-: Y ahora el besito de mi otro amor –dijo, volviéndose hacia mí.

Se sentó sobre mis muslos, en contacto directo con mi erección. Quedé bastante cortado. ¿Aquello no era demasiado? Es decir: si algo podía ser demasiado ¿no era algo como aquello? Adrián, como si nada, se sirvió y me sirvió otro vaso de cerveza. Mariana se inclinó sobre mi pecho y puso su boca en la mía. No conozco boca más fresca ni más delicada que la suya. Temí que Adrián, sobrepasado por la exhibición, no

supiera sino crispase. Pero no. Nos miró callado, bebiendo su cerveza, todo el tiempo que duró el beso, que fue demasiado. No veía él, por cierto, que, por encima del pantalón, con la mano que le quedaba oculta, Mariana tironeaba de mi erección, no sin ganas de provocarme un vértigo.

-Mi otro amor es bastante cochino, se porta mal –decía con su tonito de niña caprichosa, irguiéndose, pero sin abandonar su cómodo asiento y sin dejar de tironearme de la verga.

-Andá a dormir que después voy y te despierto –ordenó Adrián con un gesto como de señor y dueño, acompañado de una sonrisa a mí dedicada y bastante bobalicona:- Andá aprendiendo a tratarla –me dijo, cínico y soez.

Mariana se volvió hacia mí.

-Sí, andá aprendiendo a tratarme –dijo, e inclinándose hacia mí me lamió los labios.

En sus ojos brillaban los reflejos de las luces que nos llegaban desde la casa. Se inclinó otra vez sobre mí y me besó, esta vez lenta y profundamente, mientras su mano se introducía por la cintura de mi jogging y me descapotaba el glande. Mariana arriesgaba, jugaba al torero que, con el bicho mareado de tanto trapo rojo, se acerca hasta tocarle el testuz, como si ya no le temiera.

Magia de una noche de verano. ¿Se atrevería a acabarme delante de Adrian? Cerré los ojos, entregado a lo que quisiera suceder, pero mi ángel de la guarda intervino para evitar el derrame. Abrí los ojos y, por sobre el hombro de Mariana, vi a Adrián siempre tranquilamente mirándonos y fumando. Nuestras miradas se encontraron sin chispa ni estallido alguno.

-Vamos, Mariana, que te vas a dormir encima de la visita –dijo, paciente.

Atenta al límite del juego, Mariana se enderezó con un suspiro profundo, soltando la presa.

-Tenés razón, me muero de sueño –dijo, juguetona.

En la atmósfera sensual y vagamente alcoholizada de la noche de verano, Mariana había intuido como cuánto de excederse conmigo soportaría Adrián. ¿O todo aquello había sido calculado y puesto en escena por ambos en homenaje a mi humilde persona? La nube Mariana abandonó mi regazo y voló hacia la casa. Adrián se limitó a ofrecerme ese gesto de inocencia crápula que le conozco bien y que maneja con fluidez cuando quiere dejar sentado que nada tiene que ver con aquello de lo que se le acusa.

-Pasó una brisa fresca –dije, queriendo disolver lo que hubiera de tensión.

-Una brisa terapéutica –dijo Adrián vaciando su vaso de cerveza.

-Eso es cierto, siempre lo dijiste y comienzo a darme cuenta de que no exagerás – concedí, dándole por su lado, porque pocas cosas le caen mejor que cuando se le da la razón.

-No, no exagero –dijo y fue a por otra cerveza.

Del lado de afuera, contra la pared de la cocina, bajo un alero, tiene un viejo refrigerador repleto de cervezas. Volvió con una helada, la abrió y llenó ambos vasos.

-No exagero –insistió, patinándole un poco la dicción debido al alcohol. Y después, como si hubiera encontrado las palabras justas por el camino -: Marianita tiene esa

cosa, la healing thing... ¿entendés?... the healing thing... y yo comparto ese don de Mariana con el que lo necesita... es mi obligación.

-Está claro –dije zampándome largamente la cerveza, decidido a no contradecirlo.

-Perfectamente –dijo, como dando por concluido el tema.

Se quedó callado, sumido en sus pensamientos.

-Soy un creyente –le aseguré, preventivamente.

Adrián estaba un poco borracho y con él nunca se sabe si con la bebida arranca para la lucidez o para la demencia.

-Podría decirse... -arrancó y se frenó. Se puso el índice sobre los labios, como para llamarse a cautelas, pero luego, decidido, dijo, olímpicamente preciso-: La ventaja de ser una cofradía no radica tanto en separarse de los demás como en saber que entre los cófrades no hay secretos.

-Ahá –dije, afirmando con la cabeza, aunque sin entender a dónde quería llegar.

-Nosotros tres somos una cofradía –dijo entonces como si me estuviera revelando el secreto de los secretos.

Respiró hondo, llevándose la borrachera hasta el fondo de los pulmones.

-Por ejemplo –arrancó con un tonito entre sabihondo y pícaro-, podría decirte que estás sexualmente enamorado de mi mujer ¿es cierto? ¿Sí o no?

Se quedó mirándome sin verme, los ojos vidriosos, esperando mi respuesta y ya no esperándola, como si no hiciera falta, cabeceando la nave de su conciencia en el mar

de la cerveza. Me saltaron todas las alarmas. El momento tan temido había llegado.

Pero no así, pensé, no con Adrián borracho y en lo profundo de la noche.

-Es tarde, Adrián, tengo mucho sueño. Seguimos hablando mañana si querés.

Me oyó callado, como dormido con los ojos abiertos. Después, de pronto, como si su demonio le hubiera vertido palabras en el oído:

-No pensarás que soy estúpido ¿no? Que no veo lo que sucede delante de mis ojos...

-Al contrario –respondí, conciliador-, siempre pensé que estabas al tanto.

-Al tanto y en control –me corrigió, levantando un dedo admonitorio y tratando de enfocar su mirada en la mía-: Porque las cosas suceden si yo quiero y si yo quiero... dejan de suceder.

Me lo tiró como una provocación. Opté por ignorarla.

-Sí –concedí-, supongo que es así.

Volvió a respirar hondo. Muy hondo. Adrián me respeta realmente. Puede poner todos los puntos sobre las íes que quiera, pero no puede pasarse de la raya.

-Sos un cagón. No querés ir a más. Te conformás con no perder lo que tenés –dijo mirándome fijo, aunque le escondí mi mirada.

No dije nada. El que calla otorga. Tomó nota de mi silencio, de que no aceptaría el desafío. Después alzó la mirada. Se llenó ruidosamente los pulmones con una miríada de estrellas apenas veladas por la humedad.

-Mañana se va a nublar –concluyó aterrizando.

Pero no era todo. Ya que me tenía comiendo de la palma de su mano decidió hacerme las últimas advertencias.

-La única estupidez que no te podrías perdonar a vos mismo es intentar separarla de mí –dijo, de pronto lúcido y articulado-. Por nadie me dejaría. Si tuviera que elegir no tiene duda.

-Lo sé –concedí sin más, sin peros, perdonándole el tono un poco bravucón.

-Bien. Segundo: nadie puede saber que Marianita tiene la cosa curativa. Si se sabe nos la quitan así sea a punta de pistola. Vienen los narcos y viene la CIA y se la llevan.

Asentí despacito con la cabeza, como convenciéndome a fondo de la total evidencia de la segunda advertencia. Semejante discurso me eximía de respuesta. Me puse de pie.

-Me voy, Adrián. Me muero de sueño.

Se quedó callado, quieto, la mirada perdida, haciendo que sí con la cabeza como si estuviera respondiendo a las instrucciones que le dictaba al oído su demonio. Se paró, no sin esfuerzo, tambaleándose un poco.

-Vení, boludo, quiero mostrarte algo –dijo.

Se encaminó hacia la casa. Cruzamos la cocina y luego la sala para llegar a la zona de dormitorios. En la penumbra del pasillo me llevé una silla por delante. Adrián se volvió poniéndose el índice sobre los labios en señal de silencio. Empujó una puerta que se abrió sin quejarse. Un ventanal desbordante de luz de luna iluminaba la habitación con un resplandor plateado. Sobre el cuadrado blanco de la cama matrimonial, sin desvestirse, Mariana dormía, dándonos la espalda y abrazada a la almohada.

Adrián se sacó el pantalón y luego el calzoncillo. Imaginé a dónde iba aquello. No estaba preparado para algo así. Le toqué el hombro y cuando se volvió le hice el gesto de que me iba. Me miró como embotado, como si no entendiera y después me hizo el gesto de que esperara. Silencioso como un ladrón tomó un potecito de crema de encima de la mesa de luz, lo abrió no sin dificultad, y se untó la verga. Después se paró de frente al reflejo lunar para que yo viera cómo su verga, curvada como una cimitarra, se estiraba y se empinaba.

Se arrodilló sobre la cama y con manos torpes le bajó el pantaloncito a Mariana, y luego le sacó la bombacha, a rayitas de colores -se la conocía, le había dicho que era como de niña. Se me hizo evidente que ella no dormía sino que fingía hacerlo. Se prestaba a una fantasía según la cual se la cogían mientras dormía. Seguramente que no sabía que yo estaba allí. Mi presencia era una deslealtad hacia ella. O bien de alguna manera le hacía saber que yo estaba allí, o bien me iba cuanto antes, le gustara o no a Adrián.

Pero bajo la luz de la luna la fantasmática blancura del culín de Mariana me hipnotizaba. Era de una belleza sobrenatural. Cogiendo como cogíamos, por la tarde y un poco a las apuradas, nunca había tenido la oportunidad de apreciar un cuadro como este. Por lo demás, nunca le había pedido el culo. Era tal el placer que alcanzaba cogiéndola por la concha, tal el placer que encontraba en sus mamadas largas y más bien inhábiles, tal el placer que encontraba mordiéndole las tetas –“No te preocupes, Adrián nunca me mira las tetas, creo que ni le gustan” me dijo la primera vez que la marqué-, que, a pesar de apreciar la belleza de su culo, tal y como todos los que se la cruzaban en la calle, nunca me había dado el aliento como para pedirselo. Al cogerla

por la concha, con manos temblorosas le abría las nalgas como quien abre el sancta sanctorum y le sobaba, sin penetrarlo, el ojete, que me prometía a mí mismo para un impensable día de gloria.

Adrián notó que estaba como hipnotizado y se volvió hacia mí. Como si fuéramos malhechores asomados a la cámara del tesoro, le hice:

-Uau –con los labios, pero sin más sonido que un suspiro.

Adrián me miró con una sonrisa lasciva y libidinosa en los labios, la sonrisa del propietario único del mejor culo del mundo. En la careta de mono tonto y orgulloso que me ofreció descifré el lugar que se daba: el del rey, puesto que suyo era el ser único, el que todos desearían, dotado del mejor culo y, además, de la cosa curativa. No sé si estaba loco, pero sé que no se puede ser un grande sin una gran imaginación. No le importaba compartir al ser único con la plebe como prueba insuperable de generosidad, siempre que quedara establecido de una vez y para siempre que él era el Supremo.

Esto era capaz de hacer Adrián, y era una demostración de la fuerza de su mente, capaz de arrastrar a los demás a situaciones e imaginaciones delirantes. Incapaz de razonar algo coherente me debatí entre el deseo de huir antes de que Mariana supiera que le estaba imponiendo clandestinamente mi presencia, y el de aceptar hasta el final las reglas de juego triangular que Adrián me estaba imponiendo –y quizá nos estaba imponiendo a ambos, o sea, también a Mariana, de quien en realidad no sabía yo si estaba o no aquiescente con lo que estaba pasando.

Adrián le separó las nalgas. No pude ver el ojete, quedaba más allá de la línea de sombra. Se acomodó pasando una rodilla por sobre las piernas de la durmiente y

colocó la cabeza de la verga en posición para penetrarla. Entonces adelantó las caderas y, para mi sorpresa, con un movimiento lento pero continuo llegó, de una vez, con un solo envión, a topar con el pubis contra las nalgas. Penetración total y profunda del ojete, y en un solo movimiento. Mariana soltó un dulcísimo quejido y removi6 las caderas para sentir toda la penetración. Comprendí que aquello entre ellos no era un capricho eventual, era una rutina. Adrián retiró la verga casi completamente y volvió a clavarla a fondo. Mariana hundió la cara en la almohada y soltó un gemido intenso y apagado. El ojete de la presunta durmiente era absolutamente dócil. Adrián se soltó a cogerla con un ritmo lento, pero en profundidad, con todo el largo. El crescendo de los gemidos de placer de Mariana presagiaban un orgasmo en el horizonte no muy lejano. ¿La docilidad del ojete era tal que Adrián podía producirle orgasmos de culo? He oído decir que en casos de excepcional voluptuosidad tal cosa es posible.

¿Por qué Adrián me ofrecía semejante espectáculo? ¿Para demostrarme el sometimiento total de Mariana a su deseo? En el fondo, como gesto de poder, sólo tenía sentido el espectáculo si sabía que yo no había tenido el culo de Mariana. ¿Le había prohibido dármele? ¿Me ofrecía en espectáculo lo que era el límite de mi relación con su mujer? Para mi disgusto comprobé que también yo estaba en erección. ¿Qué quería? ¿Yo también darle por el culo? Como adivinando mis pensamientos y como para comprobar el estado de mi delirio, Adrián me palpó el bulto. Lo dejé hacer. Me sonrió babeándose. Satisfecho con la comprobación volvió al cuerpo de Mariana y aceleró la cogida. Mariana gemía como una muñeca puta, al borde del orgasmo. El galope de Adrián era tenso y sostenido. Sus caderas subían y bajaban como una máquina. Tuve la sensación de que podía coger así horas. No de otra manera se consigue un ojete tan superlativamente dócil. No quise estar allí cuando le soltara el

polvo y ella le respondiera con un –auténtico o no- grito de placer. Me retiré lenta y silenciosamente.

.....

Durante todo el camino de regreso a casa en mi mente la cogida continuaba y Mariana ponía el grito en el cielo en una especie de orgasmo interminable, acabada hasta el total agotamiento. Me hice, sobre el lavabo del baño, una paja que reventó en segundos, salpicando el espejo, las baldosas y todo lo que encontró por delante, pero que ni pudo apaciguar la erección ni me produjo más que una especie de depresión al borde de las lágrimas. Me tomé de un trago un farol de whisky que me noqueó instantáneamente, y dormí hasta mediodía.

Largos días pasaron sin contacto con Adrián ni con Mariana. Después del “destape” que Adrián forzó ¿cómo serían nuestras relaciones? Por más vueltas que le daba no lograba acomodarme mentalmente a la nueva situación, ni con uno ni con la otra. Ahora sabía que Adrián no sólo era capaz de soberbia y agresividad, sino también de elaborar discursos verdaderamente delirantes a propósito de su mujer, y no sabía si lograría acostumbrarme al cóctel lo suficiente como para tolerarlo. En cuanto a Mariana: una cosa era saber que más allá de nuestra intensa relación la vida sexual con su marido continuaba, y otra cosa era haber presenciado el uso que él hacía de ella y la pasividad –en el mejor de los casos- con que ella se entregaba. Al coger con ella ¿podría yo apagar en mi mente esas imágenes? Y si no podía ¿qué efectos provocarían en nuestro menú? Pero ante todo la pregunta que me quemaba era: ¿Adrián le habría dicho que yo estaba allí y que vi lo que vi?

Al tercer o cuarto día Mariana me llamó. Apenas oí su voz supe que, con unas u otras respuestas, pero el tiempo de las preguntas estaba terminado.

-¿En qué estás? ¿Cómo andás? –preguntó, casual pero sensual.

Respiré hondo para expandir por mi cuerpo la música de su voz.

-Aquí, tranquilo –dije, habilitándole la visita.

-¿Querés que vaya? –dijo, gastando saliva de más, porque hubiera bastado, y ella lo sabía, con que me dijera “Voy”.

Bien que sabe Mariana que ignoro cómo decirle que no. Siempre me prendí del huesito que me tirara, por más flaco que fuera. ¿Ahora iba a escurrir el bulto? ¿Iba a decirle: “Disculpá pero ahora no puedo, estoy en otra, después te llamo”? Imposible. Y si lo hubiera hecho, ese sería el final de la relación con ambos, porque tarde o temprano Adrián le preguntaría por mí y ella le contaría mi respuesta, y él no me perdonaría que hubiera rechazado la belleza sobrehumana y las virtudes curativas de su mujer. Ignoraría de ahí en más mi existencia, no ofendido retrospectivamente por el adulterio, sino de puro desprecio hacia un tipo que ignorara cuál es el Bien Supremo.

De manera que le dije que sí, sobre todo, más allá del mambo en el que estábamos y de las posibles consecuencias de la negativa, porque la sola idea de desnudarla una vez más me quemaba el cerebro y me endurecía la verga. Decirle que sí me envolvió instantáneamente en una bruma sensual de la que, la experiencia me lo decía, no saldría hasta vaciarme en ella, hasta volver del polvo y verla a mi lado sonriente y juguetona, inconsciente de cualquier cosa en este mundo que pudiera resultarle molesta o amenazadora, sencilla y transparente como un ángel, e increíblemente

bella. ¿Qué Mariana tenía virtudes curativas, the healing thing? Vaya una obviedad: tener pleno acceso a la belleza sobrenatural de su cuerpo ciertamente que te curaba, de lo que fuera.

En media hora estaba Mariana en casa. Nos miramos a los ojos como sorprendidos, como si nos viéramos por primera vez, aunque sólo habían sido cuatro días de separación. Nos besamos y sentí otra vez la única frescura que calma mi sed. Entonces, como si de pronto percibiera el aura de mis mambos:

-¿Qué? –preguntó, dispuesta a esgrimir su cosa curativa.

-Nada –respondí, incapaz de encontrar una punta para empezar a hablar de aquello, y decidido, además, a no hacerlo. Si entre nosotros Adrián nunca fue tema ¿empezaría a serlo simplemente porque a él se le ocurrió remover el avispero? Como si leyera mi mente, dijo:

-Los de afuera son de palo ¿no? –significando “déjate de cosas y cógeme”.

-Sabias palabras –respondí, pero no sin preguntarme hasta qué punto podríamos sostener la apuesta.

Nos descalzamos y nos tendimos sobre la frescura de las sábanas. La delicia de tener su cabeza sobre mi hombro, sus labios al alcance de los míos, narcotizándonos mutuamente con nuestros alientos y nuestros aromas, nos deslizamos en la modorra y flotamos, en dirección de mundos remotos.

-Salí a hacer las compras, de manera que se trata de un quicky –musitó, aterrizándonos.

Puso la mano sobre mi bulto, ya eufórico, o casi.

-Mi amor... -susurró, conmovida hasta la ternura por mi palpable entusiasmo.

Entorpecida por la modorra sensual su mano abrió la bragueta y desnudó la verga.

-Vení para acá –murmuraba-: Dámela...

Le tenía yo los jeans a media asta cuando dijo:

-No me lo saques del todo, así alcanza, ponémela ya.

Le levanté las piernas, apoyando sus pantorrillas sobre mi hombro izquierdo, y abrí la porcelana viva de su conchita. Al levantarle un poco el divino vaso, sin proponérmelo, le vi el ojete. Separé un poco más las nalgas y el nudito rosado se desató y se abrió. Culito roto, abierto, dócil. Se lo rocé apenas con la yema del dedo índice, un roce sin intención, notoriamente accidental, y se abrió del todo como una planta carnívora pronta para devorarme.

-Ponémela, mi amor... -canturreaba melosa, ignorando el motivo de mi distracción. Por un instante creí que me pedía que la cogiera por el culo. Pero no, no era eso. Lo comprendí y en el mismo instante, en el mismo fogonazo de lucidez, comprendí que eso era precisamente lo que jamás me pediría. Porque el meridiano cero de su cuerpo la dividía en Mariana de frente y Mariana de espaldas, y la mía era Mariana de frente, mientras que la de Adrián, y sólo de Adrián, era Mariana de espaldas.

Sin apuro, radiante en mi insólita sabiduría, le llené de verga la vagina. La mirada en la que su mirada se zambulló le decía que por primera vez su amante había descifrado el más íntimo de sus secretos. No sé cómo, pero entendió de qué le hablaba. Vi en sus ojos el deslumbramiento, y sentí cómo, sin separar más los muslos porque se lo impedía el jean, su cuerpo se abrió para mí infinita, definitivamente. La cogí dulce y

profundo, complaciéndome en hacerla entender que no sólo mi pija era la pija hecha para cogerla, sino que además su concha era la concha hecha para cogerme.

-Si algún día no tuviera tu concha se acabaría mi vida sexual. Tu concha es el Paraíso. No hay más Paraíso –le expliqué, ansioso por ser preciso y definitivo.

-Mi amor... Me encanta así, como con las piernas atadas... –dijo con su murmullo cristalino, refiriéndose a que el pantalón a medio muslo no le dejaba casi margen de maniobra-, Así, sin poder moverme... sometida a que tu pija me haga acabar...

Puse todo lo que soy capaz de poner para propinarle la cogida perfecta. Ondulaba sobre y dentro de su cuerpo como poseído por mil demonios, todos ellos dulces y amigables.

-Anoche me hice una paja, no aguantaba más sin verte... -dijo con los ojos cerrados y babeándose-: Me acordé de tantos polvos... De cuando cogimos en la Biblioteca del Museo, que nos escondimos en un rincón y me diste por detrás... –decía, y su voz se volvía gemido.

-Voy a acabar... -dije. Y sin que pueda ni hoy ni jamás explicar por qué, en un acto de estricta demencia ¡le escupí en la cara! Me miró con los ojos bien abiertos, completamente fascinada, susurró-: Mi amor... -casi en éxtasis.

-Venite conmigo... -le dije lanzándome al galope final.

-Mi amor... cómo me gusta arrodillarme para que me acabes en la boca... -dijo, ya en trance, ya flotando por encima de todo tipo de contingencia. Y entonces, demostrándome que había entendido el significado de la escupida en la cara, que a mí se me escapaba, dijo-: ¿Por qué nunca me acabaste en la cara?

-¿Es lo que querés? -pregunté al borde del abismo.

-Es lo que quiero... -alcanzó a decir con un hilito de voz.

Explotó. La tomé de los hombros para seguir dándole hasta matarla y se tomó de mi cuello para que siguiera dándole hasta matarla. Nos retorcimos hechos un nudo, como anguilas feroces entregadas a una cópula mortal.

-No salgas... -jadeó-, dejala que se achique dentro mío.

Pero no me desinflaba, no todavía. Seguí culeando despacito, perezoso, como sin intención de ir a ninguna parte.

-No más, tengo que irme -terminó por decir, con una vocecita soñadora que pedía lo contrario.

Aceleré un poco, chapoteando en el semen que desbordaba de su vagina.

-Me encanta que suene así -dijo, y cerrando los ojos, transportada, comenzó a musitar letanías incomprensibles-: Un poquito más... -pidió sin voz, y se derrumbó dulcemente con un gemido como de sorpresa encantada.

Solté entonces, una vez más, el galope final, pero esta vez el final se resistía a comparecer.

-No más -pidió-. No me cojas más. Voy a llegar recontra-acabada. Se va a dar cuenta...

-No le importa -dije, galopando en dirección a la luna.

-Es cierto, mi amor, no le importa -dijo y colgándose de mi cuello se alzó hasta comerme la boca-. La que él se coge no es la misma que te coge a vos.

No sé si fueron sus palabras el detonador, pero en ese momento exploté. Creo que le solté más semen la segunda vez que la primera. Lo que arrasó conmigo fue no solo la correntada de la lefa sino, sumada, la correntada de la total lucidez respecto de cómo eran las cosas entre nosotros tres. Me derrumbé a su lado. Se volvió hacia mí. Su cuerpo vibraba. Deslicé mi mano por su vientre hasta su pubis. Toqué su clítoris y todo su cuerpo convulsionó. Tan fuerte que su frente dio contra mi hombro. Quedamos exhaustos, como dos boxeadores enlazados, incapaces de levantarse de la lona a la cuenta de diez. Tocándonos al azar el uno al otro, con dedos descontrolados, como dos borrachos que de tan amistosos parecen enamorados. Hasta que, exhaustos o no, conseguimos alcanzar cada uno su orilla. Heroica, Mariana se puso de pie y se subió los pantalones.

-No te levantes, descansá –dijo, madrecita preocupada por mi placer y mi descanso. Y después, inclinándose para un último beso-: Me hacés feliz. Mi concha es tuya.

.....

Y se fue, pero apenas se fue me volvió el mambo. Mi concha es tuya. O sea, no soy *toda* tuya. No es toda mía porque la mitad es de él: la mitad de espaldas. Me pregunté si la controlaría al regresar a casa. ¿Oliéndola? ¿Metiéndole un dedo en la vagina? No, por supuesto que no. Si la suya era Mariana de espaldas lo que le investigaría sería más bien el ano. Lo veo en la cocina, al llegar ella con la compra, aflojándole el jean para tantearla. Nada. Seco. Todo bien. Viéndola tan recontra-acabada, como decía Mariana ¿le vendrían ganas de imponerle también su goce? ¿Control y cogida compensatoria serían la regla cada vez que Mariana regresaba de verme? ¿Y Mariana gozaba cada vez

o fingía cada vez? Gozaba, no tengo duda. Si fingiera cada vez no podría amarlo, como lo ama.

Algunas verdades se me hicieron evidentes de toda evidencia. Adrián y yo no podíamos sentir celos uno del otro: nos cogíamos a dos Marianas diferentes, Mariana de frente y Mariana de espaldas. Parte del placer de él era saber que la conchita perfecta de su mujer era lo que él le cedía para uso y abuso al otro, a los otros, a mí concretamente. Con lo que quedaba pactado que parte de mi placer tendría que ser saber que el ano puro y dócil de su mujer no lo tendría yo nunca porque era de su uso exclusivo. Eso fue lo que con un gesto torpe de borracho trataba de decirme aquella noche. Y Mariana gozaba y compartía el vicio de su marido, pero no menos gozaba la devoción de su concha y de sus tetas que yo le practicaba con adoración sin límites. Nuestros dos amores y nuestros dos deseos la completaban en una unidad superior. Pero para Adrián y para mí ¿qué era cogernos cada uno a la suya pero en una misma mujer? ¿Era como cogernos a dos gemelas? No. Lo esencial era que nuestros dos amores la completaban a ella en una unidad superior. Pero acceder cada uno a sólo una mitad de esa unidad superior ¿no nos condenaba a cada uno a la incompletud? Sí, así era, porque pensar que, porque nuestros amores la completaban en una unidad, hacían, además, de nosotros, sumados, una unidad, eso me parecía ir demasiado lejos, un lejos al que no se me antojaba ir. Mariana, mitad efebo y mitad ninfa, era una especie de andrógino, milagro precario, de carne y hueso, que nos sumía y nos sumaba en la vivencia de un evento misterioso. Ella parecía perfectamente cómoda navegando en la suma de sus goces, pero ¿qué pasaría si a nosotros, a uno o a los dos, se nos antojara un paseo por el otro lado de la luna, si yo también quisiera producirle ese orgasmo de culo o si Adrián quisiera también marcarle las tetas y gozar de las delicias

de su santuario de la femineidad? Eso no sucedería. Los límites estaban trazados, teníamos un acuerdo, un pacto, un punto de equilibrio: ninguno de los dos cruzaría el meridiano cero del cuerpo de Mariana.

Mariana llega de la compra. Veo cómo Adrián, sin ceremonias pero sin grosería, la dobla sobre la mesa de la cocina y le baja el jean, le separa las nalgas, de un blanco purísimo, y ve el nudito rosado abrirse tal y como yo lo vi abrirse un rato antes. Lo comprueba seco, sin uso, suyo. Lo veo desnudar su curvada erección y soltar un hilo de saliva sobre el ojete abierto. La clava, la empala, no sin delicadeza, hasta que no queda más verga por alojar. Entonces sí, la toma por las caderas y la coge, amorosamente pero no sin ira, no sin rencor, no sin desprecio, porque así es él. Mariana gime inequívocamente de puro gusto. Mi amor, mi divina Mariana, mi mujercita.

-¿Quién soy? –le pregunta el cabrón dándole a fondo.

-Sos mi dios –responde Mariana en el puro goce, culeando contra la verga que tiene clavada.

-¿Cómo sabés que soy tu dios? –insiste el bruto.

-Porque sos el único que puede hacerme gozar por el culo –dice Mariana rápido, sin dudar, como si fuera una fórmula de catecismo.

Adrián acelera la cogida, hasta ser casi un castigo, entonces Mariana acaba con un grito tal de placer que, de oírlo realmente, me obligaría a taparme los oídos. Me tomo la verga, a medias tumefacta, y me masturbo, y cuando él, brutal, furioso de amor, enloquecido le acabó en el fondo del culo, yo, sin llegar a la erección alcancé el

orgasmo, vomitando gota a gota y dolorosamente, lo poco que me quedaba en los huevos.

.....

Tuve varios días de, llamémoslo, retiro, por no decir que de apagón neuronal total. No quería saber nada de ellos. Al cabo, retirándose un poco la neblina mental, se me hizo claro que lo que de nuevo y desquiciante había tenido el último encuentro, no lo habían puesto ellos sino yo mismo. En efecto, el polvo con Mariana había tenido las dosis de ternura y voluptuosidad habituales. El resto, el sexo entre ellos que imaginé, y sobre todo mi reacción ante esa imaginación, masturbar una verga ya agotada, eso era lo que me había provocado el apagón. En eso era que no quería pensar, porque me superaba.

Más precisamente, lo que me desquició fue que esa imaginación y el goce subsiguiente que alcancé se me aparecieran no como algo diferente de mi polvo con Mariana, sino como las dos caras de una misma moneda. Empecé a sospechar que la exhibición ¿clandestina? que Adrián me había hecho de su sexo con Mariana, no era caprichosa, sino que estaba destinada a cambiar irreversiblemente mi sexo con Mariana...

incluyéndolo a él. Es el lado maquiavélico de Adrián, del que más de una vez, en borracheras, lo oí vanagloriarse.

Así las cosas, dar marcha atrás y volver al equilibrado y distante triángulo anterior -por más adornado que estuviera por la idea de la unidad superior, la androginia y la hermandad de nuestras vergas en una especie de sacerdocio- me pareció, claro está, imposible. Inútil intentarlo, además, puesto que Adrián, a su manera, había marcado la cancha al acabar con los secretos y las discreciones. No me quedaba más que aceptar

el juego y ver a dónde nos llevaría. Al fin y al cabo ¿qué sentido tiene la pasión erótica si no lleva más que a puertos seguros?

Aceptar el juego, o abrirme y borrarlos de mi vida. Pero esto último ¿podía hacerlo? ¿Podía arrancar a Mariana de mi vida? ¿Prescindir de los ensueños amorosos que me inducía y que me parecen el máximo premio, la máxima riqueza? Y –para ser del todo sincero- ¿puedo, me sirve, me conviene alejarme de Adrián en quien, con todo y su peculiar temperamento, he encontrado el socio ideal para el desarrollo de mis intereses intelectuales? ¿Es esto ya no un triángulo sino un matrimonio de tres, sellado a fuego? Alejarme de ellos sería como arrancarme la piel, separarme de la mayor fuente de intensidad que haya conocido en mi vida.

Se me hizo evidente que Mariana no sólo aceptaba pasivamente el nuevo juego de Adrián, sino que lo gozaba, era lo que ella misma quería. Aquella noche ella sabía que yo estaba allí. Llegado a esta evidencia, aceptar el juego en sus nuevos términos sin saber a dónde o a qué nos llevaría, se me empezó a aparecer como la posibilidad ¿por qué no? de acceder a otras formas de enriquecimiento. Tal posibilidad, más sólida cuanto más especulaba con ella, modificaba todas mis perspectivas y me dejaba por completo desconcertado. Me parecía como si estuviera a punto de descubrir un nuevo continente, ignorado en mapas y en los saberes del mundo, y cada instante con más decisión, me sentía dispuesto a conquistarlo.

.....

Llamé por teléfono. Atendió Mariana. Sólo oír su voz casi me detiene el corazón.

-Mi amor... al fin aparecés –protestó, mimosa.

-Hoy es mi santo –le dije-, y pensé en ir a festejarlo con ustedes.

-¿Hoy es tu santo? ¿En serio?

-Eso creo...

-No importa... ¿A qué hora venís?

-Llevo algo rico para comer. Y vino verde.

-Vino verde, mi preferido... Sos divino y te amo. Yo preparo una ensalada de frutas.

Me sentía como sir Galahad, pronto para salir en busca del Grial. Llamé a la rotisería.

Para la noche tenían lechón asado en el horno de piedra. Lo pedí con acompañamiento de rusa. En la vinería recogí las tres que les quedaban de vino verde.

A las nueve en punto toqué timbre, dispuesto a devorarme el primer día del resto de mi vida.

-Opa –hizo Adrián al verme cargado de fragantes maravillas-. Feliz día de tu santo.

Me ayudó con los paquetes.

-No sabía que eras de La Comercial –comentó en tono casual.

-¿Cómo de La Comercial?

-En La Comercial festejan a San Pancracio –me explicó.

-Y yo ¿qué tengo que ver?

-Hoy es San Pancracio.

Mariana apareció secándose las manos con un repasador.

-Lista la ensalada de frutas especial del día de santo –anunció chispeante y me dio un beso en la boca estirándose sobre la punta de los pies.

Se había puesto un vestidito de rayas horizontales, súper escueto, muy por encima de las rodillas, apto para polvos rápidos y para manoseos jugosos. No faltaría momento en la noche para hacerle los honores a una prenda tan práctica. Me acomodé en un sillón. Adrián fue a preparar las bebidas. Mariana a poner la mesa con mantel y servilletas.

-Mantel de lujo, el que era de mi abuelita, el que no ponemos nunca para no mancharlo – canturreó, encantada y al estirarse sobre la mesa para tender el mantel me dejó en claro que debajo del pícaro vestidito no llevaba absolutamente nada.

Con el primer trago de whisky poniéndole alas a mi deseo, en un raptó de inspiración, comprendí de pronto a dónde iba aquel encuentro, supe qué era lo que ellos querían que sucediese: coger juntos los tres, la doble penetración, realizar la unión superior, la misa total en el cuerpo de Mariana. Quedaba por resolver si antes o después de cenar.

-A ustedes qué les parece... -pregunté a quemarropa y sin explicar de qué hablaba:-
¿antes o después de la cena?

Se miraron y se sonrieron. Que me cuelguen si esa sonrisa no era de satisfacción al comprender que finalmente me tenían ahí donde me querían tener.

-Antes y después, por supuesto –respondió Mariana, encantada.

-Antes y después –confirmó Adrián-, pero sin apuro ¿no?, con toda la noche por delante
